

SEMINARIO REGIONAL

Título: “1881: un año de tensiones y polémicas sobre el pasado nacional en la Argentina. La *Historia de López* de Ramón Lassaga y sus condiciones de producción”.

Autor: Renzo Sanfilippo.

Lugar y Fecha: Rosario, 03/08/2017.

Escuela de Historia
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario

Trabajo presentado por el estudiante Renzo Sanfilippo, legajo número S-2923/8, en cumplimiento de los requisitos para la aprobación del Seminario Regional.

Dra. Sandra Fernández (Prof. Titular)

Prof. Gisela Galassi (J.T.P)

Prof. Analía García (J.T.P)

Lic. Ronen Man (Aux. de primera)

Prof. Pablo Alvira (Aux. de primera)

Prof. Gabriela Boccolini (Aux. de segunda)

Prof. Micaela Yunis (Aux. de segunda)

Lugar y fecha: Rosario, 31/08/2017

Pasa copia en papel a la biblioteca de la Escuela de Historia, FHyA, UNR.

Se entrega versión digital en formato pdf idéntica a la versión final impresa.

Se autoriza la consulta en biblioteca de la versión digital y en papel.

Firma responsable:

Aclaración:

Índice

- Introducción
- Capítulo 1: Estado de la cuestión.
- Capítulo 2: La construcción de un orden político de alcance nacional.
- Capítulo 3: La *Historia de López*.
- Capítulo 4: La configuración de un “protoespacio historiográfico”: tensiones y polémicas.
- Conclusiones.

Introducción

El trabajo que se presenta a continuación se inscribe en el marco de la historia de la historiografía argentina. Enfocando la mirada en un caso provincial, pero sin desatender los discursos pronunciados desde otros espacios, se vale de los aportes complementarios de la historia de los intelectuales y la historia política.

Puntualmente, se realiza un estudio de la *Historia de López*, obra escrita por el historiador santafesino Ramón Lassaga y publicada en 1881 bajo la edición de la “Imprenta y Librería de Mayo” (Buenos Aires), a cargo del bibliófilo Carlos Casavalle. La curiosidad que me llevó a emprender este estudio fue notar que, hacia el mismo año de publicación del libro del entonces joven Lassaga, se dio inicio al conocido debate entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, y apareció también la *Historia de Rosas y de su época* de Adolfo Saldías, obra a la que los revisionistas de la década del 30 del siglo XX le otorgaron un carácter iniciador de su genealogía intelectual. De esa manera, pude advertir que en el transcurso del año 1881 tomaron carácter público un conjunto heterogéneo de relatos sobre el pasado nacional argentino, producidos todos ellos por historiadores que en conjunto adscribían ideológicamente al liberalismo. Las cuestiones ligadas al quehacer metodológico y a la interpretación de los hechos, sobre todo aquellos ligados al accionar de los caudillos provinciales durante la primera mitad del siglo XIX, dieron lugar a una serie de tensiones y polémicas.

Centrándome en el caso de la *Historia de López* de Ramón Lassaga, busco dar cuenta de aquellos elementos presentes en el contexto abierto tras la caída de Rosas que permiten entender la aparición en 1881 de obras que, al interior de la propia tradición liberal, implican una revisión respecto a los grandes relatos elaborados por quienes han sido considerados los “padres fundadores” de la disciplina, me refiero a Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. El abordaje se realiza articulando dos niveles de análisis: uno político, que presta atención a la construcción del Estado Nacional y de una elite política nacional desde una mirada que concibe las relaciones entre centro y periferias atendiendo no sólo a las lógicas coercitivas, sino también a las negociaciones y convergencias; uno cultural, con acento en la configuración a nivel nacional de un “protoespacio historiográfico”¹.

Respecto a los objetivos que me planteo en la presente investigación, estos pueden dividirse en dos categorías, siendo los primeros de carácter general, mientras que los segundos son de naturaleza específica. Ello no implica que deban pensarse de forma desligada o separada, ya que en conjunto forman parte de tramas que se encuentran íntimamente relacionadas.

¹ El concepto de protoespacio historiográfico ha sido tomado de Gustavo Prado, quien lo utiliza para remarcar el espacio intelectual precario en el que se inició lo que retrospectivamente conocemos como historiografía decimonónica argentina. Véase Gustavo Prado, “Las condiciones de existencia de la historiografía argentina”, en: Devoto, Fernando: *Estudios de historiografía argentina II*. Biblos, Buenos Aires, 1999.

Objetivos Generales

- Reconstruir el marco político en el que fue operando la construcción estatal, con foco en el caso santafesino, para contextualizar las condiciones bajo las cuales fueron emergiendo los discursos escritos sobre el pasado que entraron en tensión con las “obras monumentales”.
- Explicar la situación de la historiografía nacional durante la segunda mitad del siglo XIX.

Objetivos específicos

- Comparar la *Historia de López* con otros relatos sobre el pasado, atendiendo a las condiciones de producción de la historiografía y a la recepción de la obra.
- Determinar la inserción política de Ramón Lassaga y su familia al interior de la elite santafesina, en el marco de constitución de una elite política de alcance nacional
- Evidenciar tanto los acuerdos como las disputas que Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Ramón Lassaga y Adolfo Saldías tenían respecto al proceder metodológico en tanto historiadores insertos en el mundo de las letras, y frente al accionar de los principales líderes federales durante la primera mitad del siglo XIX.

Mi hipótesis es que en 1881 se hizo visible que la efectivización del Estado Nacional como entramado institucional legítimo, que incluyó en su seno a las realidades provinciales, permitió la apertura de una serie de revisiones sobre el papel que en su conformación desempeñaron éstas, sus caudillos y distintos personajes hasta entonces vedados o no lo suficientemente valorados en las historias narradas por los personajes más importantes de las elites porteñas. El caso de la *Historia de López* muestra que la integración de las periferias en el nuevo centro político, no podía aceptar la vigencia de relatos que se habían edificado desde Buenos Aires, omitiendo o negando el aporte de “personajes ilustres” de las provincias a la construcción del Estado. La vindicación de Estanislao López, por lo tanto, cumplía el doble objetivo de rescatar la historia de Santa Fe pero, a la vez, de superar el marco local, ya que el caudillo había obrado siempre, según Lassaga, en favor de esa finalidad más amplia que era realizar el “sueño de los patriotas de Mayo”, o sea, hacer efectiva la organización de la Nación argentina.

La tarea planteada implica definir con precisión la noción de intelectual en el siglo XIX, y en tal sentido se toman como referencia las indicaciones formuladas por Carlos Altamirano en la introducción a la “Historia de los intelectuales en América Latina”, obra compilada junto a Carlos Myers. Allí, se señala que tanto en América Latina como

en el resto del mundo, el espacio característico de los intelectuales es la ciudad; se observa, también, que en nuestro continente la condición urbana define el tipo de cultura en el que los intelectuales se forman, siendo hegemónica desde la conquista en adelante, la matriz europea occidental y; por último, que hasta principios del siglo XX el universo de los intelectuales latinoamericanos es reducido, por lo que resulta conveniente hablar de una pequeña comunidad intelectual masculina, ya que las mujeres permanecieron excluidas de ella durante mucho tiempo (Altamirano, 2008: 12).

Esa propia idea de comunidad lleva a pensar a los intelectuales no como individuos aislados sino de forma colectiva, concibiéndolos como partes de elites culturales que cumplieron un rol muy importante en nuestra historia. El concepto de “elite”, surgido en el campo de la ciencia política, se utiliza tomando en cuenta los rasgos definitorios que se hallan en la introducción a la “Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo”, de Leandro Losada: el autor sostiene que en su utilización singular, la existencia de una elite implica que una minoría ubicada en la cúspide se hace rectora del conjunto de la sociedad, siendo las bases de esa dominación de naturaleza principalmente política; pero también se puede hablar de “elites”, en voz plural, lo que permite prestar “atención a los matices existentes entre quienes controlan la política, se destacan en el mundo de las ideas o animan la economía” (Losada, 2009: 7).

La forma bajo la que se estructura la investigación es la división en cuatro capítulos. En el primero se realiza un estado de la cuestión, para introducir al lector en el conocimiento de los trabajos que han abordado la temática. En el segundo, se atiende al campo político, con eje en el proceso de conformación del Estado Nacional, partiendo del contexto que se abre tras la caída de Rosas. Se describen allí los sucesos históricos que se van desarrollando a escala nacional, incluyendo las particularidades que van constituyendo la realidad de la provincia de Santa Fe. El tercero, está dedicado exclusivamente al análisis de la *Historia de López*, estudiando el contenido de la obra, los problemas que plantea, y la recepción de la misma. El cuarto, se mete de lleno en las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica en el último cuarto del siglo XIX, tomando los debates, las tensiones y los puntos en común de los intelectuales que dieron vida por entonces al universo cultural. Por último, se da cuenta de las conclusiones obtenidas a lo largo del trabajo.

Las fuentes utilizadas han sido en su totalidad narraciones escritas y pueden subdividirse en editadas e inéditas. La principal fuente editada es la primera edición de la *Historia de López* de Ramón Lassaga (1881), publicada en Buenos Aires por la “Imprenta y Librería de Mayo”, conseguida de la colección americana de la Universidad de Harvard, que la puso a disposición pública de manera online. También se han consultado en la red la primera edición de la *Historia de Rosas y de su época* de Adolfo Saldías (1881), la tercera edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* de Bartolomé Mitre (1876), y distintos números de la *Revista del Rio de la*

Plata, publicación de la época dirigida por Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López, para poder rastrear mediante el método comparativo las similitudes y diferencias presentes en los distintos relatos sobre el pasado, acerca del rol de las provincias y los caudillos durante la primera mitad del siglo XIX. Se utilizan asimismo fragmentos de las *Comprobaciones históricas. A propósito de la historia de Belgrano* (1881) de Bartolomé Mitre y el *Debate histórico. Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano* (1882) de Vicente Fidel López, para reconstruir someramente la polémica que enfrentó a los llamados “padres fundadores” de la historiografía argentina. Las fuentes inéditas han sido obtenidas por cortesía del Archivo General de la Provincia de Santa Fe, y son parte del fondo de manuscritos de Ramón Lassaga. El motivo por el que se ha acudido a ellas fue fundamentalmente para tener un panorama más amplio de las opiniones políticas que el historiador santafesino tenía respecto a distintas figuras del ámbito nacional y provincial, y también para acceder a la propia percepción que en tramos autobiográficos deja vislumbrar en lo que concierne a su actuación pública en el ámbito cultural.

Capítulo 1

Estado de la cuestión

Distintos autores de nuestro país han considerado el año 1881 como un momento fundacional para la historiografía argentina, a partir de la valoración y la supuesta originalidad del debate entablado entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Fue Rómulo Carbia, uno de los emblemas de la Nueva Escuela Histórica, quien en 1925 con su “Historia de la historiografía argentina” (obra que puede rotularse como el primer estudio de historia de la historiografía nacional) canonizó la versión, luego tan repetida, que presenta a estos dos personajes notables del ámbito público como referentes de dos escuelas diferentes en lo que refiere al modo de hacer historia. Según el autor, Mitre dio nacimiento a una historiografía rigurosamente erudita, basada en la búsqueda de la verdad a partir de la crítica de documentos originales, por oposición a la historiografía filosofante que iniciada con José Manuel Estrada pero popularizada a partir de los trabajos de Vicente Fidel López, se caracterizaba por “dar vida a los hechos, cautivar y emocionar”, pero a partir de un proceder erróneo basado en documentos de dudosa veracidad y existencia. Esta idea es afirmada en la edición definitiva de su trabajo aparecida en 1940, en donde sostiene que la máxima consecuencia del debate fue “la definición, frente a frente, de dos escuelas historiográficas” (Carbia, 1940: 148).

Para otros investigadores, como es el caso de Tulio Halperín Donghi, historiador de renombre fallecido hace poco más de dos años, las diferencias entre ambos contendientes no estaban dadas fundamentalmente por el proceder metódico, sino por lo que sus respectivas obras representaban. En ese sentido, sostiene que la originalidad de la *Historia de Belgrano*² de Mitre, aparecida por primera vez en 1857 en la “Galería de celebridades argentinas” y completada en las sucesivas ediciones de 1858/59, 1876/1877 y la cuarta y definitiva de 1887, fue “proponer una historia argentina que es por primera vez plenamente la de una nación”, rompiendo con la mirada porteña de López (Halperín Donghi, 1996: 58). Esa caracterización del trabajo de Mitre como monumento fundacional de la identidad política argentina, aparece también en una publicación del año 2007, en donde el autor colombiano Sergio Mejía argumenta con originalidad que el éxito del relato histórico mitrista radica en el hecho de haber sido escrito “al gusto de los argentinos”, es decir, destacando las supuestas virtudes que nos hacen un pueblo excepcional (Mejía, 2007: 113).

Un estudio valioso es también el de Fabio Wasserman, “Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)”, porque toma por objeto de estudio las vinculaciones que las elites rioplatenses establecieron con su pasado en un período precedente que el que se aborda en el

² En realidad, la primera edición aparece bajo el nombre de *Biografía del General Belgrano*.

presente Seminario Regional. Según el autor, la temprana intervención de Bartolomé Mitre con su *Historia de Belgrano*, más de veinte años antes de la polémica con López, había marcado una innovación respecto a las anteriores representaciones del pasado, sobre todo en relación a la Revolución de Mayo, al postular la existencia ya desde la Colonia de un sujeto revolucionario que armonizaba al pueblo con sus dirigentes y cuyo destino era la constitución de una nación democrática y republicana. Lo que interesa destacar es que para Wasserman la *Historia de Belgrano* de Mitre se convirtió en un trabajo original imposible de obviar y ese logro se dio más que “por su talento como escritor e historiador”, por “haberse situado en una posición exterior”, clasificando y reinterpretando los textos precedentes por considerarlos erróneos o parciales. Por ejemplo, las Memorias y las Autobiografías pasaron a considerarse como fuentes documentales, que no entraban en pie de igualdad con los estudios que se pretendían históricos (Wasserman, 2008: 237).

Quizás, el aporte más interesante para entender tanto el alcance como los límites de los efectos del debate Mitre-López se encuentra en el texto de Alejandro Eujanian, “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”. Este trabajo se ocupa de analizar el rol que ejerció la crítica en la conformación de un campo profesional en la historiografía argentina a partir de las décadas finales del siglo XIX, ubicando la trascendencia del debate como parte integrante de ese marco más amplio. Por tal motivo, interesa destacar dos observaciones del autor. En primer lugar, señala que no se trató de una disputa entre una “historia filosófica” y una “historia erudita”, ya que tanto Mitre como López aceptaban a los documentos “como la base ineludible del debate historiográfico” y, en todo caso, lo que se ponía en discusión era el abordaje crítico de los mismos. En segundo, destaca que si bien la historiografía comenzaba a adquirir cierta especificidad,

...ambos se concebían aún como partícipes de un espacio más abarcativo y a la vez universal. Eran, antes que historiadores, hombres de letras que se habían trabado en una refriega, también ella literaria y regida por los cánones de urbanidad propios de la dignidad de las letras (Eujanian, 1999: 9).

Pero las diferencias entre Mitre y López no han sido indagadas por la historiografía argentina sólo en lo tocante al contenido del debate iniciado en 1881, ni se han centrado exclusivamente en lo metódico. Muchos estudios se enfocan también en la problemática del caudillismo, la cual ha sido abordada por ambos historiadores. Un estudio clásico de Natalio Botana, “La libertad política y su historia”, se centra en uno de sus capítulos en el debate sobre la “guerra social”, advirtiendo las diferencias entre Mitre y López ya que si bien ambos mostraron su hostilidad hacia los caudillos del interior y contribuyeron a consolidar la tesis de preexistencia de la nación respecto a las provincias, además de mirar la historia pasada desde Buenos Aires, hubo contrastes en cuanto al significado y

el futuro del fenómeno, no menos importantes: mientras el primero aceptaba que dentro de la “barbarie” de los caudillos existía también una tendencia hacia el igualitarismo social que, canalizado por instituciones políticas, podía contribuir a forjar una democracia republicana, el segundo no reconocía posibilidad de síntesis, ya que el caudillismo era un fenómeno bárbaro, inorgánico y sin “potencia social capaz de dar sustento a un pacto democrático” (Botana, 1991: 112). Cabe señalar, también, que mientras Vicente Fidel López se mantuvo inflexible en su postura, hecho que se evidencia en general a lo largo de toda su obra escrita³, Bartolomé Mitre no siempre tuvo la misma posición, lo cual se refleja en las sucesivas ediciones de la *Historia de Belgrano*. Al respecto, conviene señalar las observaciones realizadas por Pablo Buchbinder en “Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica”, capítulo presente en el libro compilado por Noemí Goldman y Ricardo Salvatore, “Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas a un viejo problema”. Allí, el autor sostiene que Mitre fue concentrando las cargas negativas en la figura de José Artigas como “prototipo del líder segregacionista”, pero paralelamente

El cuestionamiento a la figura de Artigas fue progresivamente acompañado de una clara revalorización de los otros dos principales líderes del litoral, Estanislao López y Francisco Ramírez. Quizás, la principal razón de este cambio estribaba en la necesidad de no construir una historia exclusivamente porteña, incorporando así el aporte provincial al proceso de conformación de la nación. Estos caudillos, no sólo habían prestado una importante contribución contra el dominio español sino, también, a través de ellos, se habían expresado, aunque en estado rudimentario, los principios de gobierno sobre los que se constituiría un nuevo orden constitucional años más tarde (Buchbinder, 1998: 35).

Sin embargo, creo prudente realizar una crítica tanto a la introducción del libro escrita por los compiladores como al capítulo citado de Buchbinder, en donde se hace una revisión de cómo la historiografía le ha dado al concepto de caudillismo y al período de predominio político y social de los caudillos, significados diferentes a lo largo del tiempo, desde el punto de partida dado por la “Generación del 37” y fundamentalmente por Sarmiento, hasta la historiografía producida fuera del país con posteridad a 1960 (siendo la obra referente “Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850”, de John Lynch), atravesando en el medio del camino las miradas de Mitre y López, los positivistas con Ramos Mejía a la cabeza y el revisionismo histórico surgido en la década de 1930. El hecho es que el trayecto trazado por los autores omite las revisiones realizadas por las historiografías provinciales desde las décadas finales del siglo XIX, en donde tanto el

³ Siendo la más importante su *Historia de la república argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, publicada en 10 tomos entre 1883 y 1893.

caudillismo como el rol de los caudillos en la conformación del Estado fueron valorizados de forma muy diferente a la de los “constructores de la historia nacional”. Justamente en torno a la validez del concepto revisionismo, José Carlos Chiaramonte se propone en “Usos políticos de la historia: lenguaje de clases y revisionismo histórico” buscar los orígenes del llamado revisionismo histórico, usualmente ubicado en la década de 1930, para demostrar que la búsqueda de “verdad histórica” y la reparación de personajes denostados como Rosas o los caudillos provinciales, eran rasgos presentes en los historiadores académicos de las primeras décadas del siglo XX, animadores de la llamada Nueva Escuela Histórica. Según el autor sobresale entre ellos Emilio Ravignani, que ante un contexto de “crisis del sistema federal”, busca rescatar el papel cumplido por los caudillos en la organización nacional (incluyendo a Juan Manuel de Rosas y José Artigas), operación ya realizada previamente por historiadores provinciales como Benigno Martínez (Entre Ríos), Manuel Cervera (Santa Fe) y Hernán Gómez (Corrientes). Sin embargo, en mi opinión el límite del trabajo es que al concentrarse demasiado en demostrar lo inoportuno de denominar a una corriente historiográfica como revisionista, porque es “un concepto que es sustancial al trabajo del historiador” (Chiaramonte, 2013: 146), termina cayendo en su propia trampa, porque al fin y al cabo se pronuncia a favor de aceptar la existencia de dos revisionismos. Y si bien sostiene brevemente que ese “primer revisionismo” (anterior al de 1930) identificado con historiadores de la Nueva Escuela Histórica tomó los aportes de historiadores provinciales de principios de siglo, no tiene en cuenta que los rasgos para él definitorios del revisionismo pueden ubicarse aún antes, en el último cuarto del siglo XIX.

Lo que pretendo dejar en claro es que los grandes privilegiados en los estudios de historia de la historiografía argentina que abordan el período comprendido durante la segunda mitad del siglo XIX, han sido estos supuestos “padres fundadores” que, no debe olvidarse, escribieron la historia de nuestro país vista desde Buenos Aires. Además, se manifiesta una preferencia por la obra de Bartolomé Mitre que pareciera haber llevado a muchos autores a tomar parte del debate que en su momento lo enfrentó a Vicente Fidel López, dándole la razón al ex presidente de la República Argentina en lo que refiere a la originalidad de su “método” histórico.

Ahora bien, como ha sido señalado en la introducción, circularon en aquel año de 1881 otros discursos sobre el pasado nacional que merecen también la atención de los historiadores. En este sentido, es interesante el caso de la *Historia de Rosas y de su época* de Adolfo Saldías, ya que si bien se trata de una producción realizada desde el posicionamiento del autonomismo porteño, implica una revisión de una figura que ha despertado amores y odios en distintos períodos de nuestra historia. Con el objeto de discutir los argumentos y la genealogía trazada por autores identificados con el revisionismo histórico de la década del 30 del siglo XX, Cattaruzza y Eujanian en “La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: una discusión sobre el pasado”, señalan que los

estudios sobre Juan Manuel de Rosas realizados primero por Adolfo Saldías (1881) y luego por Ernesto Quesada⁴ (1898), no tuvieron como consecuencia la marginación de estos intelectuales dentro del campo cultural, pudiendo ambos seguir con sus carreras, sin inconvenientes. Sin embargo, es de destacar que Saldías terminará recibiendo una fuerte crítica por parte de su maestro, Bartolomé Mitre, quien le reprochará haber evaluado los acontecimientos “desde la óptica del rosismo” (Cattaruzza – Eujanian, 2010: 566).

Uno de los más actualizados estudios de historia de la historiografía argentina, titulado con ese mismo nombre por sus autores Fernando Devoto y Nora Pagano, hace referencia a las “muy diversas expresiones historiográficas” existentes para el último cuarto del siglo XIX. Dentro de ellas se incluye a las vindicaciones documentadas que buscan “restituir la memoria de episodios o personajes injustamente invocados”. De esa manera, desde la propia tradición liberal diferentes miembros de las elites intelectuales de la época buscaban rescatar del olvido o el agravio a aquellas figuras que habían sido opacadas o no lo suficientemente consideradas en las “obras monumentales” ya referidas. Así, hubo casos⁵ que

...intentaron “desagraviar” las actuaciones de Estanislao López (*Historia de López* de Ramón Lassaga; 1881), Facundo Quiroga (*El general Quiroga y la Expedición al Desierto* de Ramón Cárcano; 1882), Antonino Reyes, edecán de Rosas (*Vindicación y memorias de don Antonio Reyes* de Manuel Bilbao; 1883); José G. Artigas (*Artigas, estudio histórico. Documentos justificativo*, Clemente Frigeiro; 1886), o la desafamada memoria del general Ángel Pacheco restituida gracias a la labor heurística de un pariente político: Ernesto Quesada (Devoto-Pagano, 2009: 55).

En el año 2009 apareció un libro de consulta recomendada para cualquier estudioso interesado en los estudios sobre el pasado efectuados desde las provincias. Me refiero a “Historiografía y sociedad”, compilado por Teresa Suárez y Sonia Tedeschi, dedicado a incursionar en la historia de la historiografía santafesina, a partir de una reflexión sobre la configuración del campo disciplinar en la provincia desde fines del siglo XIX hasta la década del 60 del siglo pasado, para “entregar una nueva visión historiográfica descentrada pero no desconectada de la producción capitalina” (Suárez-Tedeschi, 2009: 22). Allí, María Gabriela Quiñónez se hace cargo del prólogo dedicado a poner en

⁴ Bajo la edición de Arnoldo Moen (Buenos Aires), publicó en aquel año *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico*, obra en la que, entre otras cosas, critica a los emigrados que tras la caída de Rosas se hicieron con el poder, por haber transformado la leyenda de sus luchas como si se tratara de la “historia verdadera”.

⁵ Creo pertinente hacer una mención respecto a los relatos vindicatorios que citan Devoto y Pagano. Por cuestiones de interés personal, he buscado algunas de esas obras originales y puedo señalar, sin temor a equivocarme, que *El general Quiroga y la Expedición al Desierto* de Ramón Cárcano no se trata de un relato vindicatorio y, por el contrario, reproduce la mirada más negativa sobre el fenómeno del caudillismo, presente en la obra paradigmática de Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo* (1845).

evidencia los límites del recorte que los propios historiadores que buscan realizar una historia de la historiografía argentina, suelen hacer de su objeto. El ya mencionado estudio de Carbia no sólo inauguró según la autora la idea de dos grandes escuelas que atravesaron desde la segunda mitad del siglo XIX la disciplina, sino que incluyó a las que denomina “crónicas regionales” dentro de la serie de “géneros menores”, no equiparables a la renovación en cuanto al modo de hacer historia que supuestamente los integrantes de la Nueva Escuela Histórica animaban (Quiñónez, 2009: 6). Pero lo que más llama la atención es que en parte ese carácter secundario atribuido a los estudios provinciales vuelve a aparecer en la reciente obra de Devoto y Pagano, si se tiene en cuenta que en su libro ocupan un espacio muy escueto. Por lo tanto, el valor del prólogo de Quiñónez se encuentra en el hecho de que resalta la existencia autónoma y contemporánea a los “grandes relatos” de historias locales y provinciales que constituyen un interesante objeto de estudio para seguir alimentando los aportes hechos en las últimas décadas a lo que denomina una historia de la historiografía regional.

El género vindicatorio, tomando la denominación de Devoto y Pagano, adquiere gran importancia en la historiografía provincial que comienza a hacer su camino más firmemente desde fines del siglo XIX. Esto puede advertirse en una obra ineludible, editada por Liliana M. Brezzo, María Gabriela Micheletti y Eugenia Molina, que lleva el nombre “Escribir la nación en las provincias”. Este trabajo que reúne los aportes tanto de las mencionadas editoras como de Eduardo Escudero y María Gabriela Quiñónez, se interesa por la escritura y definición de la nación por parte de historiadores posicionados desde las provincias, que intervinieron en la elaboración del proyecto de Ricardo Levene, la “Historia de la nación argentina; desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862”. Si bien el plan se materializa en las publicaciones que aparecen desde 1936 hasta 1950 y, por lo tanto, el libro aborda un período posterior al de este trabajo, lo interesante es que permite rastrear las imágenes construidas previamente por historiadores del período de entresiglos, muchas de las cuales serán retomadas por quienes escribieron para la monumental obra ideada por uno de los principales referentes de la Nueva Escuela Histórica. Para el caso santafesino, María Gabriela Micheletti argumenta que Manuel María Cervera y José Luis Busaniche (encargados de elaborar los capítulos de su provincia) tuvieron en cuenta muchos de los argumentos esbozados con anterioridad por Ramón Lassaga, por ejemplo, en cuanto a la reivindicación de Estanislao López como mano firme que le había otorgado a Santa Fe un orden, en medio de un período atravesado por la anarquía.

Lo anterior debe tenerse en cuenta para comprender que la obra que se analiza en este Seminario, vale recordar, la *Historia de López* (1881) escrita por Ramón Lassaga, no debe ser pensada en aquel temprano contexto como un caso aislado ni como una operación de revisión exclusivamente santafesina. Esta cuestión es profundizada en “Héroes y caudillos en las primeras historias del viejo litoral, en el escenario intelectual decimonónico”, en donde María Gabriela Micheletti y María Gabriela Quiñónez

adoptan una perspectiva comparada estudiando las obras del correntino Manuel Florencio Mantilla, del español afincado en Entre Ríos Benigno Teijeiro Martínez y del ya mencionado historiador santafesino, llegando a la conclusión de que los tres autores

...se perfilaron, a principios de la década de 1880, como precursores de los estudios históricos de sus respectivas provincias y tuvieron el mérito de elaborar las primeras historias que ajustándose a los cánones de la historiografía erudita liberal reconstruyeron procesos generales del pasado provincial (Micheletti - Quiñonez, 2015: 79).

En lo que concierne a estudios puntuales sobre Ramón Lassaga, las referencias biográficas distan de ser abundantes. Sin realizar un abordaje analítico de sus obras, el libro de José Pérez Martín “Itinerario de Santa Fe”, publicado en 1965, incluye pequeñas biografías de distintos historiadores santafesinos tanto del siglo XIX como del siglo XX y explora por ejemplo los vínculos de la historia con el derecho y la poesía, considerando a la historiografía dentro del marco más amplio del mundo cultural. El capítulo “Un historiador y un poeta”, dedicado al biógrafo de Estanislao López, esboza en breves páginas el origen hispano de la familia Lassaga y la actuación de Ramón como hombre público que ocupa distintas y distinguidas posiciones en la esfera cultural: abogado, historiador, poeta, político. Ese mismo año Catalina Pistone, en el número 32 de la *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*, publica una biografía de características similares a la de Pérez Martín, aunque más amplia en lo que respecta al repaso de las obras del autor.

De los trabajos que abordan exclusivamente la *Historia de López*, quien se ha destacado en el estudio de este tema es María Gabriela Micheletti. En el libro “Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881- 1907” realiza un análisis detallado de la formación intelectual y política del autor, sitúa la obra de Lassaga en relación con las características de la historiografía argentina de entresiglos, y estudia la recepción que tuvo la misma. Además, piensa las vinculaciones de Lassaga con el poder político de turno, especialmente en la etapa que se abre con el galvismo y que coincide con la celebración del centenario del nacimiento del Brigadier (Micheletti, 2013: 44). Por lo tanto, esta publicación constituye uno de los principales referentes de mi investigación, fundamentalmente, por dos razones: la primera, porque fue la que me llevó a conocer a Lassaga, motivándome a realizar el estudio de su obra sobre López, figura que a su vez ya había despertado mi interés; la segunda, porque partiendo de ella, se puede trazar una perspectiva de análisis diferente, vinculada a otros objetivos y problemas.

Respecto a las condiciones de producción de la historiografía argentina de la segunda mitad del siglo XIX, no se puede obviar el muy completo artículo de Pablo Buchbinder titulado “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, aparecido en el *Boletín del Instituto Ravignani* del año

1996. Allí el autor expone de manera clara el papel jugado por la circulación de documentos privados y libros entre los intelectuales aficionados por la historia, ante el carácter limitado de los repositorios públicos de archivos y la ausencia de instituciones exclusivas y de reglas comunes para la práctica histórica. Además, caracteriza a la Imprenta y Librería de Mayo de Carlos Casavalle, como un ámbito importante de vinculación y sociabilidad de intelectuales de la talla de Mitre, Quesada y Navarro Viola (Buchbinder, 1996: 65), lo cual es de suma utilidad para mi trabajo en tanto fue la editorial que publicó la *Historia de López de Lassaga*.

Otro trabajo fundamental es “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, de Gustavo Prado. Allí el autor se propone abordar el problema del nacimiento de la historiografía argentina a partir de la caracterización de las condiciones de existencia presentes en el mundo intelectual rioplatense del siglo XIX, buscando utilizar las categorías más adecuadas para explicar esa realidad. Ante la inexistencia de los rasgos que definen a un campo a la manera de Bourdieu, ya que los discursos historiográficos no se encontraban autonomizados de las prácticas y los poderes económicos y políticos de la época, y no había tampoco normas compartidas que hicieran posible la emergencia del historiador como un profesional de la historia, Prado prefiere utilizar la noción de un “protoespacio historiográfico” que se va construyendo y desarrollando históricamente, no de un modo lineal,

...proponiendo la idea de un estado preparadigmático en el que la historiografía aparecía como un “género confuso” abierto al entrecruzamiento e interacción de interpretaciones múltiples y no como un espacio estructurado por la polarización de dos formas excluyentes e internamente homogéneas de hacer historia (Prado, 1999: 69).

También resulta interesante para complejizar la cuestión el capítulo de Fernando Devoto que se encuentra dentro del tomo I de la “Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo”, ya que allí adopta una perspectiva comparativa que permite pensar las condiciones de producción decimonónicas en un marco más amplio, esto es, a escala continental. Si bien se ocupa para el caso argentino específicamente de la *Historia de Belgrano* de Mitre (parece ser que Sergio Mejía no estuvo tan errado al apuntar que esta obra es innumerablemente comentada por los autores argentinos), al tomar también la *Historia geral do Brasil* de Francisco Varnhagen y la *Historia de la dominación española en el Uruguay* de Francisco Bauzá, expone características compartidas en el contexto latinoamericano post-independiente, importantes para pensar los límites y las posibilidades con los que se encontraron los constructores de discursos sobre el pasado. Las singularidades que envolvieron a estos letrados, a diferencia de lo acontecido en Europa, fueron a grandes rasgos: la producción de relatos en estados recientes, aún no consolidados, que se

forjaron al interior de las elites de poder, y las debilidades y ausencias de instituciones propicias para la labor erudita, esto es, “ámbitos académicos de enseñanza superior en los que hubiese una acumulación de saberes, archivos que reflejasen una sólida tradición estatal y una articulada burocracia”, etc. (Devoto, 2008: 140).

Respecto a los estudios que analizan el contexto político y social de la segunda mitad del siglo XIX, conviene distinguir entre aquellos que centran su atención en el marco más amplio que se puede denominar nacional, y los que más específicamente se abocan al espacio provincial santafesino. Esto no debe llevar a la errónea conclusión de pensar los diversos procesos desencadenados en una y otra escala de forma diferenciada, ya que justamente uno de los asuntos que se busca demostrar en este trabajo es que la conformación del Estado Nacional llevó progresivamente a que las lógicas políticas de las provincias pudieran desatenderse cada vez menos de esa entidad institucional más amplia. Si se marca la distinción es sólo en el sentido de posibilitar una exposición más efectiva.

Son muchos los autores que se han dedicado a abordar la conformación del Estado Nacional, pero en el presente trabajo se comparte la posición que asumen Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez en “De la periferia al centro: la formación de un sistema político nacional, 1852-1880”, introducción a un libro compilado por ambos. Allí consideran que una nueva forma de organización central se dio a partir de la convergencia de al menos otras 14 formas que lo precedieron, siendo claves tanto la negociación como el conflicto. Para los autores el triunfo de Roca no marcó una ruptura total con el pasado, ya que desde la llegada a la presidencia de Avellaneda en 1874 se “marcó la consolidación de un sistema político en el que se integraban las situaciones provinciales, no sometiéndose a un centro sino constituyéndolo” (Bragoni - Míguez, 2010: 27). Esta visión más reciente nos lleva a discutir la idea presente en el clásico texto de Natalio Botana “El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916” según la cual en 1880 se decidió la “subordinación de todas las provincias al poder político nacional por la fuerza de las armas”, perdiendo las provincias sus márgenes de autonomía (Botana, 1977: 33).

Con respecto a lo anterior, un texto de consulta obligatoria es “Jardines secretos, legitimaciones públicas: El Partido Autonomista Nacional y la política argentina a fines del siglo XIX” ya que allí se pone en cuestión la idea de una total subordinación de la política en las provincias a la órbita roquista nacional. La autora Paula Alonso demuestra que la relación entre el gobierno central y las provincias variaba según cada caso, y en lo tocante a Santa Fe el intento de imposición sobre la tradicional autonomía ejercida por el gobernador Simón de Iriondo se convirtió en un verdadero problema (Alonso, 2010: 130).

En línea con este tipo de planteos, pero centrándose en la constitución de las elites, Leandro Losada sostiene en el artículo ya citado en la introducción que es desde 1862 (dándole importancia a la resolución de la batalla de Pavón en septiembre del año

anterior) que comienza a “encarrilarse” la construcción del Estado Nacional, ya que a partir de allí se abre un proceso de afirmación de las instituciones estatales que culminará en el año 1880. La constitución de una elite política de alcance nacional solo fue posible cuando a su vez se consolidó el Estado Nacional, y quienes tomaron las riendas de este último no lo hicieron de forma totalmente represiva sobre las elites provinciales. Por el contrario,

...las elites al frente del Estado Nacional buscaron, todas ellas, establecer alianzas con sectores de las elites provinciales. Sobre ese tejido se fue constituyendo una elite política de alcance y entidades nacionales (Losada, 2009: 102).

En lo que respecta al contexto específicamente provincial, la “Historia de Santa Fe” publicada en 1992 por Miguel Ángel de Marco y otros autores constituye una pieza importante para reconstruir el marco general. Fundamentalmente, se toma de este trabajo el capítulo “El resurgimiento republicano y el despertar del progreso económico-social (1852-1880)” que aborda los principales hitos de las distintas administraciones provinciales que se sucedieron en ese período, poniendo especial énfasis en lo que el autor denomina “el ciclo oroñista” y la posterior transformación de Santa Fe al “iriondismo”.

La década que se abre en Santa Fe tras la caída de Rosas es analizada en el libro ya mencionado de Bragoni y Míguez, en un capítulo a cargo de Alicia Megías, titulado “Santa Fe entre Caseros y Pavón: cuestiones provinciales y problemas nacionales”. La autora se propone indagar la definición de una dirigencia política provincial en un “proceso condicionado por las complicadas alternativas de la formación del Estado y de la dirigencia nacionales” (Megías, 2010: 147). De esta manera, señala que luego de la conformación de un “campo urquicista” en la provincia, la derrota del líder entrerriano en Pavón abre una fractura a partir de la cual comenzarán a delinearse las facciones que pugarán por el control de la provincia en las décadas siguientes y que pueden etiquetarse, de forma simplificada, como “oroñistas” e “iriondistas”.

Para el estudio de las agrupaciones políticas que pugaron por acceder al control del Estado provincial, resulta fundamental el texto de Alberto Pérez y Ana Galletti, “Las facciones políticas santafesinas: hegemonía y crisis del iriondismo (1868-1886)”. Lo interesante del artículo es que se indagan los proyectos de ambas facciones, sus propuestas, las bases sociales de apoyo, los puntos en común y las diferencias. Esto es fundamental para este Seminario ya que permite analizar los vínculos de Lassaga con el poder político de la provincia, en tanto su actuación política no desligada de su perfil intelectual se inscribe en esa lógica de competencia dominada por la lucha de dos facciones.

Otro trabajo de importancia, publicado hace ya más de 35 años pero no por eso carente de vigencia y utilidad, es “Un ciclo revolucionario en Santa Fe: 1876-1878” de Ezequiel

Gallo y María Josefa Wilde, ya que analiza puntillosamente la escalada de conflictos que atraviesa la provincia en esa breve pero intensa coyuntura, a partir del enfrentamiento violento entre las facciones que se disputaban el poder. La revolución de abril de 1878 encabezada por grupos opositores al recientemente electo gobernador Simón de Iriondo, que contó con la participación de jóvenes liberales de los centros urbanos entre los que se encontraba Ramón Lassaga, fue finalmente derrotada, teniendo como resultado la consolidación final del “iriondismo” en el poder (Gallo - Wilde, 1980: 203).

Cabe mencionar también aquellos estudios que para la conformación de las elites santafesinas en el plano sociopolítico, resultan relevantes. Marta Bonaudo, directora durante más de diez años del grupo de investigación “Cuestión Regional-Estado Nacional. Santa Fe 1870-1930”, es sin dudas una autora de consulta obligatoria en la materia. En “Revisitando a los ciudadanos. La República posible (Santa Fe 1853-1890)”, trabajo publicado en el año 2003, Bonaudo analiza el universo de la ciudadanía decimonónica desde el espacio santafesino, abordando las estrategias desplegadas por las elites al interior de las distintas fracciones. Como demuestra con claridad, dentro de la disputa por el poder en la provincia, los actores políticos apelaron a las tramas parentales para impulsar sus propios proyectos.

Para complementar el estudio sobre los vínculos entre las principales familias santafesinas y la política, también es interesante “Santa Fe después de Caseros: representantes, parientes y políticos”, de Alicia Megías, porque destaca que en la constitución de los protagonistas del poder de la época, el vínculo entre las relaciones de parentesco y la condición de notable, fue fundamental para acceder a los puestos políticos más importantes (Megías, 2005: 155). Esto se relaciona con la idea de “círculo cerrado”, señalada por Felipe Justo Cervera en “La modernidad en la ciudad de Santa Fe, 1886-1930. Historia de un desarrollo incompleto”, para enfatizar cómo desde la segunda mitad del siglo XIX un grupo de no más de 20 familias pasan a monopolizar la realidad política y económica de la provincia (Cervera, 2011: 118).

Respecto a los ámbitos de sociabilidad de las elites santafesinas, quisiera no olvidar dos importantes trabajos. Uno de ellos es el libro de Miguel Ángel de Marco (h), titulado “Santa Fe en la transformación argentina. El poder central y los condicionamientos políticos, constitucionales y administrativos en el desarrollo de la provincia, 1880-1912”, ya que contiene un capítulo que da cuenta de los diferentes ámbitos en el que se relacionaban las principales familias de la ciudad de Santa Fe, con especial atención a las instituciones que las vinculaban. El otro es “La formación de una elite de notables-dirigentes. Rosario, 1860-1890” de la ya mencionada Alicia Megías, e interesa porque si bien estudia el papel de la elite dirigente local en el proceso de modernización de la ciudad de Rosario, muestra la operatividad del concepto de elite para realizar trabajos desde perspectivas locales, ya que resulta más adecuado que el de clase dominante, generalmente referido a un “sistema político nacional” (Megías, 1996: 27).

Por último, queda mencionar un aspecto que contribuye a delinear aún más el papel que desempeñaron las redes parentales al interior del universo cultural santafesino. Avanzadas las primeras décadas del siglo XX, éste se encontraba todavía estrechamente ligado a la política local. Me refiero a las relaciones tejidas entre los propios historiadores santafesinos, analizadas minuciosamente por Mariela Coudannes Aguirre en “Pasado, prestigio y relaciones familiares. Elite e historiadores en Santa Fe, Argentina”. A partir de los datos obtenidos del catálogo de egresados del Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, advierte

...las vinculaciones familiares entre los historiadores santafesinos. Julio y José Luis Busaniche se emparentaban por vía materna con los Lassaga, Luis Alberto Candiotti con los Cervera (Coudannes Aguirre, 2007: 4).

En fin, toca al presente trabajo afrontar el desafío de vincular las tramas políticas y culturales que convergieron hacia la segunda mitad del siglo XIX para posibilitar que en sus décadas finales aparecieran una serie de polémicas, tensiones y nuevas miradas sobre el pasado nacional en la Argentina. Tarea, por un lado, difícil, pero por otro, posible. Lo primero es porque la mayoría de los textos que abordan la temática suelen circunscribirse con mayor fuerza al análisis exclusivamente historiográfico. Y lo segundo, es porque sí existe un importante camino recorrido por la historiografía del país en lo que refiere a su propia historia y a la consolidación del Estado nacional tanto desde perspectivas centrales como periféricas (estas últimas menores en cantidad pero no en importancia), abriendo pistas y problemas a resolver que animan a intentar encarar con optimismo este estudio.

También es evidente que dentro del problema elegido hubo temas y autores preferidos en detrimento de otros. La mayoría de los estudios sobre los relatos históricos nacionales de la segunda mitad del siglo XIX se han concentrado en la labor de los “padres fundadores”, y más específicamente, en la obra de Bartolomé Mitre. A su vez, lo dominante ha sido ubicar en las obras de ambos autores una de las primeras instancias de reflexión sobre el rol cumplido por las provincias y los caudillos del interior en la construcción del Estado Nacional, omitiendo los aportes realizados contemporáneamente por una emergente pero importante historiografía provincial.

Por supuesto, hubo excepciones. Las mismas han sido señaladas y puntualizadas en este breve estado de la cuestión, siendo referenciales los trabajos de Teresa Suárez, Sonia Tedeschi, María Gabriela Micheletti y María Gabriela Quiñónez, entre otros⁶. El

⁶ La mayoría de las autoras mencionadas se especializan, fundamentalmente, en casos santafesinos y del litoral, pero debe señalarse también la labor de Ernesto Maeder y Silvia Leoni para el nordeste, los aportes de Marta Philp y Eduardo Escudero en Córdoba y la contribución de Héctor Daniel Guzmán para la historia de la historiografía de Santiago del Estero, entre otros. Para puntualizar más en el asunto, ver: Eujanian, Alejandro (2013), “Presentación”, en Dossier “El pasado de las provincias...”, N° 33, disponible en <http://historiapolitica.com/dossiers/pasados-provinciales/>.

presente trabajo, por lo tanto, busca tomar impulso a partir de esas excepciones y ser una contribución para quienes consideramos que no puede existir una verdadera historia nacional ni tampoco se puede hablar de una auténtica historia de la historiografía argentina, si no se toman en consideración las reflexiones producidas desde espacios no sólo geográficos sino también políticos diferentes a la mirada porteño-céntrica que, si bien no puede considerarse la única, creo que lamentablemente sigue siendo la dominante.

Capítulo 2

La construcción de un orden político de alcance nacional.

Confederación argentina y Estado de Buenos Aires: poderes en disputa (1852-1862).

Entre 1852 y 1880, una periodización bastante clásica pero efectiva para brindar un marco general, se abre una nueva etapa en la historia del país que culminará con la consolidación del Estado Nacional. Dentro del proceso que se abre con la derrota de Rosas en la batalla de Caseros y finaliza con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, operan una serie de transformaciones de distinta índole que determinarán a posteriori el carácter político e ideológico de la nueva configuración estatal.

El punto de partida está marcado necesariamente por la caída del rosismo, ya que si bien durante el segundo gobierno provincial de Juan Manuel de Rosas se construyó un orden político centralizado que integraba a las provincias adherentes al Pacto Federal⁷, la organización institucional de éstas en una unidad política mayor quedó irresuelta, como lo evidencia la constante negativa de Rosas a dotar al incipiente cuerpo político central de un marco constitucional, alegando que los peligros internos reflejaban la falta de madurez necesaria para que la Confederación pudiera plasmar definitivamente la unidad nacional. De alguna manera, el tiempo le daría la razón al ex caudillo bonaerense ya que, al poco tiempo de su derrota, quedó claro que las tensiones que atravesaban a las elites políticas y sociales de las provincias no podían resolverse sencillamente mediante el establecimiento de una constitución (lo cual no equivale a negar que uno de los alicientes que en su momento llevaron a Rosas a oponerse al establecimiento de una carta constitucional de alcance nacional, era el ejercicio del monopolio provincial de los ingresos que le brindaba el puerto de Buenos Aires). Las diferencias en torno al carácter del nuevo proyecto político comenzaron a aparecer a partir del 11 de septiembre de 1852, cuando Buenos Aires decidió por la vía de las armas desconocer la autoridad del gobernador interino Vicente López y Planes, manifestándose contra a las disposiciones del Acuerdo de San Nicolás, celebrado el 31 de mayo por las 13 provincias que ratificaron a Justo José de Urquiza como Director Provisorio de la Confederación argentina. Lo que Buenos Aires impugnaba era tener la misma representación que las demás provincias en el Congreso Constituyente a celebrarse en

⁷ Firmado inicialmente en 1831 por Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y, poco después Corrientes, fue en primera instancia una alianza militar entre Rosas y los líderes del Litoral, pero que entre otros puntos acordaba también una política de libre comercio. Las distintas provincias fueron sumándose con el correr de los años, al punto de conformar una alianza ofensiva-defensiva que mantenía la autonomía política de las provincias firmantes, vinculadas en una estructura confederal. Las relaciones exteriores fueron delegadas en Buenos Aires.

Santa Fe al año siguiente y, fundamentalmente, la nacionalización de las rentas de la Aduana. Nacía así una historia que duraría casi una década, marcada por la conflictiva coexistencia de dos estados rivales: la Confederación argentina con capital en Paraná, que celebró su constitución en 1853, y el Estado de Buenos Aires, que hizo lo propio hacia 1854.

Ya en la discusión que tuvo lugar el 21 de junio en la Sala de Representantes de la provincia de Buenos Aires, para ratificar la firma del Acuerdo, pueden observarse las tensiones que operaban al interior de las facciones de las elites que se mostraban incapaces de poder consensuar el carácter que debía tener ese nuevo orden. En las sesiones, se vislumbraron claramente dos posiciones políticas antagónicas que animaron una polémica sobre el pasado entre quienes volverían a confrontar casi 30 años después: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López.

El primero, que había regresado a Buenos Aires poco después del derrocamiento de Rosas, esgrimía una serie de argumentos que lo delineaban como uno de los principales opositores al Acuerdo. En este sentido, no interesa destacar los artilugios retóricos que apelaban a las reglamentaciones jurídicas vigentes, por lo demás precarias, sino las justificaciones que tomaban el carácter de una interpretación histórica. Mitre otorgaba a Buenos Aires un papel heroico en la constitución de la Nación, al haberse según él “empeñado sola en luchas sangrientas por sus demás hermanas” contra los excesos de la “tiranía” (en referencia a Rosas) y, en cambio, deslegitimaba el rol de las provincias al sostener que habían sido los “caudillos sanguinarios” de éstas las que habían trabado hasta el momento las posibilidades de la organización (Eujanian, 2012: 61, 62). Este tipo de planteos era compartido también por Vélez Sarsfield y Esteves Seguí, entre otros.

Por su parte, Vicente Fidel López, ministro del poder ejecutivo provincial ocupado por su padre Vicente López y Planes (designado gobernador por Urquiza), apeló también a una particular interpretación del pasado para manifestarse a favor del Acuerdo, dando lugar a una tesis según la cual la nación era la depositaria de la soberanía por ser preexistente a las provincias. Señalaba al respecto que la común historia de los pueblos que habían luchado por la independencia los emparentaba, convirtiendo a todas las provincias en partes constituyentes de una nación soberana. El Acuerdo de San Nicolás firmado por los gobernadores, entonces, no era más que una legitimación del camino que voluntariamente habían recorrido las provincias en aras de ese fin supremo que era la organización nacional.

Estas disputas políticas que buscaban sustentarse en particulares interpretaciones sobre el pasado, dan cuenta de los intereses antagónicos que en el inmediato escenario post Caseros dificultaban la organización nacional. Puede señalarse, sin temor a la equivocación, que la existencia de grupos porteños para nada dispuestos a ceder los privilegios que brindaba el monopolio de las rentas de la Aduana, eran por el momento el principal obstáculo para la consolidación del Estado-Nación.

Lo anterior, sin embargo, no debe llevar a caracterizar a Mitre como un “secesionista”. Tan sólo dos años después, en el marco de discusión por la sanción de la constitución bonaerense, advertía los peligros de la disputa entre los dos estados antagónicos. En efecto, su oposición a la sanción de una constitución provincial en 1854 buscaba dejar abierta la posibilidad de una futura integración de Buenos Aires a la Confederación. Y, a diferencia de 1852, ahora buscaba apelar a una interpretación que ponía el énfasis en una versión propia de la tesis de preexistencia de la nación, que ubicaba su nacimiento en el pacto social contraído por las provincias con la declaración de la independencia en 1816. Lo contradictorio es que para justificar la preexistencia, señalaba que las provincias habían sido un producto de la anarquía del año 20. ¿Cómo contrajeron en 1816 las provincias un compromiso si aún no existían como entidades autónomas? Las incongruencias de los discursos mostraban también las complejidades de un escenario en donde la organización nacional era a la vez deseable pero aún inalcanzable.

El “problema nacional” atravesaba no sólo a los dos estados enfrentados, sino que confrontaba a distintos grupos al interior de las elites provinciales. Como señalan Marta Bonaudo y Élidea Sonzogni en “Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control”, comienza a adquirir notable importancia durante este período el “club faccioso”, transformándose en una “herramienta funcional para resolver controversias entre distintos sectores de elites en términos de la lucha por el poder” (Bonaudo – Sonzogni, 1999: 58). Estos clubes que se enfrentaban entre sí ponían en marcha mecanismos que articulaban redes parentales, vínculos personales y relaciones clientelares, utilizando también la “prensa facciosa” para atacar a sus oponentes. Si bien las disputas inter pares adquirían en cada provincia matices propios, los posicionamientos estaban vinculados también a la futura organización institucional, ante la evidencia de las dificultades que acarrearía no contar con los recursos de Buenos Aires.

Los clubes facciosos adquirieron, casi por regla general, tintes personalistas. En la década del cincuenta, Mitre fracasó en su proyecto de crear un partido cuya legitimidad debía provenir de la aceptación de los principios del liberalismo, y no del Estado o de un líder. La duración efímera del *Partido de la Libertad*, que respondía a la tradición unitaria porteña, fue consecuencia de la incapacidad de Mitre por convencer a los distintos grupos de las elites de Buenos Aires de que sólo mediante la federalización de la ciudad sería posible la constitución del Estado Nacional.

Aunque tras el triunfo de Urquiza en Cepeda (1859) Buenos Aires se integró formalmente a la Confederación, la cuestión estaba lejos de ser resuelta. Tras la victoria de las fuerzas porteñas a cargo de Mitre en la batalla de Pavón, que lo enfrentó a las fuerzas confederadas comandadas por el caudillo entrerriano en septiembre de 1861, el *Partido de la Libertad* se escindiría: quienes sostenían la autonomía porteña, se agruparon en el *Club del Pueblo* bajo el liderazgo de Adolfo Alsina; los que, en cambio,

buscaban federalizar Buenos Aires para dar cuerpo a una definitiva organización nacional, siguieron al *Club de la Libertad* de Mitre.

Santa Fe en la Confederación: 1852-1862

La provincia de Santa Fe fue una protagonista activa del período, lo cual puede advertirse partiendo del hecho de que la ciudad capital fue la sede del Congreso General Constituyente en 1853. No debe olvidarse, como señala Miguel Ángel de Marco, que la provincia había sido una de las precursoras del Pacto Federal de 1831, y que por lo tanto no podía obviarse su importancia para asegurar la organización institucional de la nación. Además, cuando las tropas del Ejército Grande alcanzaron la costa santafesina, recibieron el apoyo de milicianos que no se amedrentaron ante las amenazas de muerte y confiscación de propiedades del gobernador Pascual Echague, leal a Juan Manuel de Rosas. Esto valió para Santa Fe y, en especial Rosario (que brindó el apoyo más decidido), el reconocimiento del triunfador y futuro Director de la Confederación, Justo José de Urquiza.

Durante la etapa de la Confederación, se sucedieron al frente de la administración provincial Domingo Crespo (1852-1855), José María Cullen (1855-1856), Juan Pablo López (1856-1859), Rosendo María Fraga (1859-1860) y Pascual Rosas (1860-1861). Lo que interesa en este apartado no es detenerse en una descripción de los principales hitos de cada gobernación, sino resaltar el hecho de que durante este período Santa Fe se vio envuelta tanto en los desafíos planteados por la organización nacional, como en las disputas de poder entre las elites de las provincias. Un punto no menor es que en este período comienza a delinearse el perfil de las dos facciones que animarán la política santafesina desde la década del sesenta y durante los casi 30 años siguientes: el *Club Libertad o Partido Liberal*, definido a veces también como “cullista” u “oroñista” y el *Partido Autonomista* asociado al *Club del Pueblo*, pero más conocido como “iriondista”.

Según Alicia Megías, Urquiza mantuvo respecto a la provincia una política basada en una diferente adjudicación de funciones a las dos principales ciudades: la histórica ciudad de Santa Fe fue concebida como el centro político legítimo, pero Rosario fue favorecida con medidas de promoción a su economía cada vez más vigorosa, lo que provocó tensiones y disputas entre ambas (Megías, 2010: 150). A diferencia de la segunda, caracterizada por la reciente llegada de migrantes e inmigrantes que fueron conformando una dirigencia política más vinculada por intereses comerciales, Santa Fe contaba con una elite política y social que emparentaba a sus miembros a través de lazos familiares.

En un escenario marcado por el problema de la organización nacional y la actitud a tomar respecto al Estado de Buenos Aires, las diferencias comenzarán a cristalizar y dividir a las dirigencias de las principales ciudades de la provincia. Un problema a

considerar era el de los emigrados bonaerenses, muchos de los cuales se asentaron en Rosario tras la revolución de septiembre de 1852. Mientras el jefe político del departamento Rosario, Nicasio Oroño, mostraba hacia éstos una actitud más conciliatoria, el gobernador Crespo era partidario de no establecer ningún contacto con los sediciosos. Pero cuando su sucesor José María Cullen intensificó las relaciones con aquellos, que a su vez protagonizaron cada vez más rebeliones en la provincia contra Urquiza, el ahora presidente de la Confederación decidió intervenir apoyando a los sectores civiles y militares que, encabezados por Juan Pablo López, derrocaron al gobernador.

De esta manera, el campo urquicista que en un principio encolumnó a grupos tanto del norte como del sur de la provincia, fue dividiéndose: los más hostiles hacia Buenos Aires, sostenedores de Urquiza, fueron aglutinándose en Santa Fe en torno a la emergente figura política de Simón de Iriondo; en cambio, quienes resistían la “tutela urquicista” y proclamaban la necesidad de un acercamiento hacia Buenos Aires, encontraron su referente en Oroño, cuyas bases de apoyo se ubicaban en Rosario. La momentánea resolución del conflicto nacional en Pavón, significó para la provincia la llegada del “ciclo oroñista”, también conocida como “etapa liberal”.

Argentina después de Pavón: 1862-1874

a) La presidencia de Mitre (1862-1868)

El contexto que se abre tras el triunfo de Mitre en Pavón marca un nuevo hito en la historia de la conformación del Estado Nacional. Dos momentos merecen destacarse al respecto: en primer lugar, las negociaciones en torno a la federalización de Buenos Aires; en segundo, la ofensiva contra las últimas montoneras del interior.

En 1862, el Congreso Nacional se estableció en Buenos Aires y, una Comisión Especial del Senado, formuló la propuesta de Bartolomé Mitre que se basaba en federalizar Buenos Aires y postergar por tres años la cuestión de la capital, aunque la misma fue rechazada por la legislatura bonaerense (que era la encargada de aprobarla, según lo acordado en la constitución nacional reformada en 1860). Esto muestra que el liberalismo porteño aún se encontraba dividido respecto al carácter que debía adoptar la organización nacional y que, por lo tanto, era necesario activar mecanismos de consenso si no se quería llegar a una nueva disputa armada. Esto fue lo que sucedió con la solución transitoria adoptada, consistente en la declaración de la ciudad de Buenos Aires como residencia de las autoridades nacionales. A pesar de que la cuestión de la federalización continuaba irresuelta, “la solución aprobada daba vida a un original sistema federal que reconocía como su centro a un gobierno nacional” (Lettieri, 1999: 129).

Por otro lado, el mitrismo puso en marcha una maquinaria represiva en todo el territorio nacional, sobre todo contra las montoneras federales encabezadas por los caudillos provinciales que resistían la imposición de la política dictada desde Buenos Aires. Entre 1862 y 1864, el Ejército Nacional dirigió una ofensiva contra las fuerzas políticas disidentes, siendo el hecho más ilustrativo la ejecución del caudillo riojano “Chacho” Peñaloza. Así, una combinación entre negociación con distintos grupos de poder en las provincias y violencia contra los opositores, fue uno de los legados de Mitre a la consolidación del Estado.

Mientras tanto, Santa Fe asistía a una nueva etapa dominada por el *Partido Liberal* que buscaba modernizar la provincia tanto en lo político como en lo económico. Luego de llegar a suelo santafesino a fines de diciembre de 1861, Mitre designó provisoriamente a Domingo Crespo como gobernador, pero el 21 de febrero del año siguiente la Asamblea Legislativa presidida por Nicasio Oroño eligió en el cargo a Patricio Cullen. La oposición tempranamente comenzó a catalogar al oficialismo como una “familia-gobierno”, ya que José María Cullen pasó a ocupar una banca en el Senado de la Nación y Oroño, el cuñado de ambos, comenzó a desempeñarse con firmeza en la Cámara de Diputados (De Marco, M.A, 1992: 89). En realidad, esto no era algo exclusivo de las elites vinculadas al *Club Libertad* de la provincia, sino que respondía al hecho de que un grupo de familias de tradición colonial, cuyos integrantes se emparentaban entre sí, controlaron la administración de la provincia durante todo el período tratado en este trabajo.

Un hecho a destacar es que durante el gobierno de Patricio Cullen, más precisamente en 1863, se reformó la Constitución provincial de 1856, estableciendo la nueva carta, entre otras cosas, que el gobernador ya no sería elegido directamente por la cámara de representantes, sino por medio de una junta de electores. En las elecciones de 1865 entró en funcionamiento la lógica de “uniformar la opinión” y “disciplinar a los votantes” (Bonaudo – Sonzogni, 1999: 582): los clubes *Libertad* y del *Pueblo* luego de decidir sus representantes, apelaron a la movilización de una plebe subordinada, y la convalidación de la elección estuvo rodeada de un clima violento, algo habitual en la época. El oficialismo finalmente consiguió la permanencia en el poder, y el candidato del *Partido Liberal*, Nicasio Oroño, se transformó en el nuevo gobernador de la provincia.

Lo interesante es subrayar cómo la vida provincial estaba cada vez más ligada a los vaivenes de la política en el plano nacional. Un punto para remarcar es el activo papel desempeñado por Oroño en apoyo a la guerra contra el Paraguay (1864-1870), quien tempranamente organizó la formación de un regimiento de infantería y otro de caballería para entrar en combate. Pero lo más emblemático es cómo los distintos sectores de las elites políticas provinciales se constituyeron en partícipes de la disputa por la sucesión presidencial. Como señalan Bonaudo y Sonzogni,

A medida que las elites provinciales avanzaban en la institucionalización y estabilización de los respectivos regímenes políticos, se tornó cada vez más urgente consolidar los vínculos de solidaridad interprovinciales a nivel nacional (Bonaudo – Sonzogni, 1999: 83).

Las autoras mencionan cuatro bloques al interior de una comunidad política facciosa cada vez más amplia que apoyaban a distintos candidatos: Urquiza fue el candidato de las provincias del litoral; Adolfo Alsina era apoyado fundamentalmente por los autonomistas en Buenos Aires; Rufino de Elizalde era el elegido del saliente presidente Mitre y; el Ejército Nacional, un actor cada vez más preponderante, se inclinó por Domingo Faustino Sarmiento. Sin embargo, en Santa Fe el gobernador Oroño estaba a favor de la candidatura de Alsina, y ese acercamiento hacia Buenos Aires que le había ganado previamente la enemistad de Urquiza, volvió a hacerse visible en el plano local: mientras el gobernador santafesino buscaba que su sucesor fuera Marcelino Freyre, el caudillo entrerriano que apostaba a ser futuro presidente movilizaba a amigos y adversarios de Oroño, apoyando a Mariano Cabal.

Finalmente, en el plano nacional se produjo un reacomodamiento entre los distintos bloques en disputa y se llegó a una alianza entre Sarmiento y Alsina que, con el apoyo del Ejército y de distintos sectores de las elites provinciales, logró acceder al Ejecutivo en 1868. Por su parte, tras una serie de conflictos internos en Santa Fe con intervención nacional incluida, ese mismo año Mariano Cabal fue elegido gobernador. Comenzaba en Santa Fe, la época de predominio del “iriondismo”.

b) La presidencia de Sarmiento (1868-1874).

Durante el mandato de Sarmiento, de alguna manera se estableció cierta continuidad con las políticas desarrolladas por su antecesor, Bartolomé Mitre. El combate contra las montoneras federales prosiguió y, para la década de 1870, prácticamente habían sido aniquiladas del territorio nacional. Además, se continuó con la Guerra contra el Paraguay que recién terminaría dos años después de iniciado su mandato. A pesar de haberse encontrado dentro del bando vencedor, el Estado Nacional argentino no recibió grandes recompensas territoriales y sí, en cambio, una gran cantidad de pérdida de recursos materiales y humanos.

Además de su conocida labor educativa, cuya máxima expresión se encuentra en la creación de las Escuelas Normales para la formación de maestros argentinos, durante su presidencia se dio un notable impulso a la inmigración extranjera y se favoreció la extensión de las líneas ferroviarias que permitieron una mayor consolidación del mercado interno y, a su vez, fueron prefigurando el papel futuro que la Argentina

cumpliría hacia 1880 en el concierto internacional, con la consolidación del modelo agro-exportador.

Un dato que no se puede obviar en esta historia de la construcción y consolidación del Estado Nacional, es la procedencia sanjuanina del presidente Sarmiento. Si bien es verdad que, luego de los largos años de predominio rosista, fue un caudillo provincial del interior el que condujo los destinos de la Confederación, también lo es que al nuevo poder central no se hallaba integrado Buenos Aires. Lo novedoso, entonces, era que ahora los electores de distintas provincias habían consagrado presidente a un personaje que no provenía de Buenos Aires. Aunque contar con el apoyo del Ejército Nacional fue fundamental, no lo fue menos el hecho de que las élites provinciales tejieran vínculos cada vez más fuertes y se asociaran conjuntamente para apoyar a un hombre proveniente del interior.

Sin embargo, conviene matizarse esta observación. En primer lugar, porque esta historia oscurece más de lo que ilumina si se lee sólo en clave “porteñismo” vs “interior”. Como apunta Leandro Losada, tradicionalmente se ha identificado en el mitrismo la expresión más cabal del porteñismo y, sin embargo, eso no quita el hecho de que Mitre contara con el apoyo de distintos grupos provinciales, como el caso del *Partido Liberal* en Santa Fe. En segundo lugar, porque nada más lejos de la realidad histórica debe llevar a pensar a Sarmiento como representante del interior en su lucha contra Buenos Aires. Por el contrario, el sanjuanino ya se encontraba plenamente inserto en los ámbitos de sociabilidad de la elite porteña, y además su caso revela tanto su carácter excepcional como novedoso: respecto a lo primero, su impulso no estuvo anclado en la fortuna económica o en la participación en una red de relaciones familiares entre notables; en relación a lo segundo,

... expone de manera nítida la importancia de los nuevos canales, como la prensa (redactor de *El Zonda* en su natal San Juan, de *El Nacional* en Buenos Aires), el asociacionismo (integró, entre otras entidades, el Instituto Histórico Geográfico y el Club del Progreso- (creado en 1852)-, y en el último terreno, la relevancia de la masonería (Sarmiento fundó la primera logia porteña en 1856, la Unión del Plata, y llegó a ser Gran Maestro del Gran Oriente de la República Argentina). (Losada, 2009: 114).

Primeros pasos del iriondismo

La presidencia de Sarmiento coincide con lo que en Santa Fe puede denominarse los inicios del iriondismo, es decir, de la hegemonía en la política santafesina de la figura de Simón de Iriondo. El nuevo gobernador santafesino Mariano Cabal llegó al poder en 1868 representando al *Club del Pueblo*, cuyo líder indiscutido era justamente Iriondo. Ya que, como sostiene Miguel Ángel de Marco, su influencia “se vigorizó durante el

prolongado período que fue ministro del Interior del presidente Nicolás Avellaneda” (De Marco, M.A, 1992: 98), los años que van desde 1868 a 1874 deben pensarse como los momentos iniciales de una consolidación que llegaría posteriormente.

Luego de tres años en que Mariano Cabal gobernó delegando, no en pocas ocasiones, el mando en su ministro Iriondo, llegaría la hora de que uno de los personajes políticos más destacados de la política santafesina tomara las riendas de la gobernación. Entre 1871 y 1874, se desarrolló el primer gobierno de Simón de Iriondo, caracterizado, entre otras cosas, por una política que seguía los lineamientos del presidente en materia educativa, mediante la creación de escuelas, bibliotecas populares y la puesta en funcionamiento de las Aulas de Jurisprudencia del Colegio de la Inmaculada Concepción, y por vincular cada vez más a Santa Fe con el modelo de desarrollo económico orientado hacia la producción y exportación de productos agrícolas, lo cual fue favorecido mediante el establecimiento sucesivo de colonias en la provincia. Otra de las notas distintivas de su gobierno fue la reforma en 1872 de la constitución de 1863, que trajo aparejada la aparición de un sistema político bicameral y la creación del cargo de vicegobernador, que puso fin a la figura del “gobernador delegado”.

Paralelo a su ascenso e importancia en la política local, fue el declive del *Partido Liberal*. La principal figura de la oposición, Nicasio Oroño, se encontraba desarrollando sus funciones legislativas en el senado de la nación, y teniendo como principal base de apoyo al *Club Argentino*, en la ciudad de Rosario. Pero su enemistad con el presidente Sarmiento, quien por el contrario forjó una relación cercana y cordial con el gobernador santafesino, dio cuenta muy pronto de hasta qué punto, hacia la década de 1870, se tornaba cada vez más importante para las elites políticas provinciales contar con el aval del Estado Nacional, e incluso formar parte de su administración.

Santa Fe en el gobierno nacional: la presidencia de Avellaneda (1874-1880).

Dos acontecimientos dignos de destacar antecedieron la toma del poder político por parte del tucumano Nicolás Avellaneda en 1874: por un lado, el alzamiento el primero de mayo de 1873 de Ricardo López Jordán en la provincia de Entre Ríos, cuyas fuerzas habían asesinado tres años antes a Justo José de Urquiza y ahora resistían la intervención del gobierno nacional en la provincia; por otro, la revolución encabezada por Bartolomé Mitre en septiembre de 1874, cuyo objeto era impedir la asunción del presidente electo.

En lo que hace al primer suceso, lo que resulta interesante es cómo ciertos vínculos tejidos entre el Estado Nacional y las provincias podían volverse fundamentales en momentos de conflicto que ponían en peligro un poder central si bien cada vez más firme, aún no plenamente consolidado. En ese sentido, hay que señalar la labor cumplida por Simón de Iriondo que, inmediatamente al levantamiento, movilizó a la

Guardia Nacional del Departamento Rosario. La respuesta brindada por el gobernador santafesino hacia el gobierno nacional, le abrió también las puertas hacia un mayor predominio en la administración del Estado.

Para entender el segundo hecho, hay que situarse en la coyuntura de la sucesión presidencial de 1874. En principio, aparecieron tres figuras importantes como candidatos a la sucesión de Sarmiento: el candidato promovido por el presidente, es decir, su Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda; el vicepresidente y líder del autonomismo porteño, Adolfo Alsina; el ex presidente y líder del *Partido Nacionalista*, Bartolomé Mitre. Dos aspectos eran centrales a la hora de la verdad: por un lado, contar con el aval del Ejecutivo Nacional; por otro, lograr el apoyo de las elites políticas provinciales. Según apunta Leandro Losada:

Para acceder a la presidencia de la nación era fundamental contar con el apoyo de los gobernadores, pues estos eran los que confeccionaban las listas de electores de presidente(...) De esta manera, un candidato presidencial aumentaba sus posibilidades de éxito cuanto mayor fuera el número de gobernadores que lo apoyara(...) A su vez, para los gobernadores era fundamental tener el aval presidencial, dado que el Estado Nacional contaba con recursos (coercitivos o financieros) para sostener su posición en momentos de dificultad o, por el contrario, para desestabilizarla. (Losada, 2009: 109).

Al hacerse patente que Sarmiento se inclinaba por Avellaneda, Alsina terminó bajando su candidatura, y apoyando a la figura elegida por el presidente. La mayoría de los gobernadores provinciales, por su parte, también cerraron filas con el candidato del recientemente creado *Partido Autonomista Nacional*⁸, Nicolás Avellaneda. El levantamiento del derrotado Mitre simbolizó la pérdida cada vez más notoria de su incidencia en la política nacional, y terminó en un fracaso al no contar con el apoyo de las fuerzas militares de las provincias, que rápidamente lo sofocaron.

La llegada de Nicolás Avellaneda a la presidencia marcó un hito en la historia de la consolidación del Estado Nacional, lo cual viene siendo señalado por distintos autores en la historiografía argentina de las últimas décadas. En primer lugar, porque como sostienen Bragoni y Míguez, emergió con Avellaneda “un nuevo tipo de liderazgo político de alcance nacional que aparecía representado en una coalición de gobernadores” (Bragoni- Míguez, 2010: 10), lo cual pone de manifiesto que la negociación política entre el centro y las periferias fueron convirtiéndose en un pilar central e imprescindible en la constitución y consolidación de un orden nacional que integraba y no sólo reprimía a las realidades provinciales en su seno. En segundo lugar y vinculado con lo primero, porque hizo visible una realidad cada vez más evidente: la

⁸ El *Partido Autonomista Nacional* surgió de la fusión en 1874 del *Partido Nacional*, creado para impulsar la candidatura de Nicolás Avellaneda y el *Partido Autonomista*, liderado por Adolfo Alsina.

emergencia de una elite de alcance nacional, surgida del tejido entre las elites al frente del Estado Nacional con las elites provinciales (Losada, 2009: 102).

Es dentro de ese cuadro general que hay que pensar la importancia de Simón de Iriondo y de las elites políticas santafesinas que a él se vinculaban, al asumir como Ministro del Interior del presidente Avellaneda. Su acceso a un cargo de importancia dentro de la administración estatal nacional le permitió, a su vez, disponer de una mayor serie de recursos y vínculos políticos importantes para seguir incidiendo en la vida política de su provincia, ahora gobernada por su amigo rosarino Servando Bayo. Como señalan Alberto Pérez y Ana Galetti, el iriondismo

...como contrapartida a su adhesión en el plano nacional, podrá montar en su provincia una maquinaria político-militar-electoral que anula todo esfuerzo de la oposición liberal. Durante un largo cuarto de siglo – 1868 a 1893-, a pesar de las frecuentes y violentas revueltas internas promovidas por el “Oroñismo”, Santa Fe es una de las pocas provincias que tienen el privilegio de no sufrir los rigores de las intervenciones nacionales (Pérez- Galetti, 1993: 52).

Por su parte, Ezequiel Gallo y María Josefa Wilde, señalan fundamentalmente dos factores que permiten explicar el marcado predominio del *Partido Autonomista* en la provincia: por un lado, el liderazgo de Iriondo, abogado y ganadero descendiente de familias fundadoras de la ciudad, que le permitió ganarse la amistad tanto de la gente del campo santafesino, con quienes “mantenía trato frecuente, directo y familiar”, como de las personalidades más destacadas de la escena nacional; por otro, los autonomistas lograron transformar al sector militar de la provincia en una fuente de reclutamiento y lealtad política (Gallo – Wilde, 1980: 163).

Sin embargo, la etapa abierta por la presidencia de Nicolás Avellaneda mostró continuidades respecto a los años anteriores no sólo en lo tocante a los avances en la institucionalización del Estado y la integración de las provincias que lo constituían en su seno, sino también a prácticas más negativas que aún estaban muy lejos de desaparecer: “ni el presidente ni la mayoría de los gobernadores estaban dispuestos a prescindir de la lógica facciosa” (Bonaudo – Sonzogni, 1999: 86).

En 1877 el presidente intentó avanzar en la consolidación institucional del país mediante una política de conciliación, llamando a la negociación al *Partido Nacional* de Mitre que, desde el levantamiento de 1874, había mantenido una actitud de abstención y confrontación con Avellaneda. Esto tuvo repercusiones en Santa Fe: Oroño volvió a la ciudad, pero el fracaso del intento de negociación con Iriondo mostró los límites de cualquier intento de romper la lógica facciosa que seguía dominando a la nación y las provincias. De hecho, entre 1877 y 1878 Santa Fe vivirá una coyuntura política muy agitada, marcada por enfrentamientos violentos entre las distintas facciones y sus partidarios.

Lo concreto es que para la década de 1870, el oficialismo santafesino fue acentuando su consolidación en gran parte, aunque no únicamente, en base a los lazos tejidos con las autoridades nacionales. Dentro de ese marco, el espacio de acción para la oposición liberal era muy limitado y, viendo el fracaso del llamado a la conciliación dictado por el presidente, apeló en los últimos años de la década a la rebelión armada para disputar los espacios de poder en la provincia. El año 1877 fue testigo de cuatro conflictos armados entre los meses de marzo y julio, y el principal motivo esgrimido en la prensa facciosa opositora era que había que “salvar a la provincia de la tiranía militar”. Al fin de cuentas, aunque la oposición insistía en su demanda de “libertad de sufragio”, lo que buscaba era participar del gobierno provincial que la excluía y, por lo tanto, consideraba válida la apelación a las armas.

El agitado clima político local se recrudeció aún más hacia el año 1878, momento de la sucesión a la gobernación. Mientras las bases de apoyo del oficialismo que buscaba el regreso a la gobernación de Iriondo estaban en los medios rurales, la oposición buscaba hacer valer la fuerza que contaba en los núcleos urbanos de la provincia, principalmente Santa Fe y Rosario. El arma más poderosa con la que parecían contar los liberales era la prensa facciosa, destacándose en ella el diario *La Capital* de Rosario, que impulsaba la candidatura a la gobernación de Nicasio Oroño. Sin embargo, el 7 de abril los electores confirmaron a Simón de Iriondo como gobernador, quien en vano intentó negociar cargos con personalidades destacadas de la oposición (ofreciendo, por ejemplo, un cargo ministerial a Wenceslao Escalante, aunque éste finalmente lo rechazó). Una semana más tarde, la oposición se alzó en armas en el norte de la provincia, pero rápidamente fueron reprimidos con el apoyo del gobierno nacional.

Para Santa Fe, la revolución de 1878 significó el último esfuerzo de una oposición liberal incapaz de acceder al gobierno tanto por la vía electoral como apelando al uso de la fuerza. De allí en más, su decadencia y fragmentación se tornará cada vez más notoria, a la par que el oficialismo consolidará sus fuerzas durante el segundo mandato de Simón de Iriondo. A pesar de la conflictiva relación que tendrá con el presidente Roca desde 1880, el gobernador seguirá manejando los resortes institucionales de su provincia hasta su muerte en 1883. Esa coyuntura mostrará que el oficialismo era más que Iriondo, y encontrará en José Gálvez a su nuevo caudillo.

1880: La consolidación nacional.

A pesar de que la política de conciliación a la que había llamado en 1877 no había dado resultados, Avellaneda, al igual que sus antecesores Mitre y Sarmiento, pudo terminar su mandato en un panorama político relativamente estable, aunque su sucesión (como había ocurrido con su ascenso) se haya visto enmarcada en un violento enfrentamiento. El presidente saliente se había ganado el apoyo de los gobernadores provinciales, en una trama de solidaridades y reciprocidades

políticas fundamentales para estabilizar un poder en el que los levantamientos armados lejos estaban de ser parte del pasado.

Al momento de la sucesión presidencial en 1880, el candidato elegido por el mandatario saliente contaba con el aval de la mayoría de las provincias interiores, organizadas en una “Liga”,

...cuyo epicentro fue Córdoba con el gobernador Antonio de Viso y su ministro de gobierno Miguel Juárez Célman, Simón de Iriondo en Santa Fe, José Francisco Antelo en Entre Ríos, Domingo Martínez Muñecas en Tucumán, Moisés Oliva en Salta, Vicente A. Almonacid en La Rioja, Absalón Rojas en Santiago del Estero y P. Sánchez de Bustamante en Jujuy. (Botana, 1977: 34).

El escogido era Julio Argentino Roca, cuya trayectoria militar estuvo conectada con muchos de los sucesos que formaron parte de la consolidación estatal. Recientemente, en 1879, había dirigido la mal llamada “Campaña del desierto” (ya que el término desierto busca despoblar de sentido a un territorio ocupado por comunidades originarias que fueron ferozmente reprimidas), incorporando al dominio nacional 15.000 leguas de tierras. Compartía la opinión, junto al presidente y la mayoría de los gobernadores, de que la consolidación estatal no podía efectuarse sin nacionalizar la ciudad porteña.

En Buenos Aires, sin embargo, las aguas nuevamente estaban divididas entre “autonomistas” y “porteños nacionales”. Los primeros apoyaban al gobernador Carlos Tejedor, mientras que los segundos, entre los que se encontraban personalidades importantes de la elite local como Dardo Rocha, Carlos Pellegrini y Vicente Fidel López, entre otros, eran partidarios de la nacionalización. La victoria del candidato del *Partido Autonomista Nacional* fue el aliciente para que Tejedor y sus partidarios se rebelaran militarmente, aunque tras tres sangrientos enfrentamientos desarrollados en cuatro días⁹, fueron vencidos por las fuerzas del Ejército Nacional.

Con la llegada de Roca a la presidencia, la consolidación del estado nacional comenzaba a ser una realidad más palpable, lo cual se vio reflejado en la federalización de la ciudad de Buenos el 8 de diciembre de 1880, quedando bajo jurisdicción del gobierno nacional. Largo había sido el camino, y en él la negociación con las elites provinciales fue tan importante como la represión sobre las fracciones disidentes. El “orden oligárquico” marcó el inicio de una nueva etapa, no exenta de contradicciones y dificultades, pero su tratamiento excede a las ambiciones de este trabajo.

⁹ Del 17 al 21 de junio, las fuerzas nacionales se enfrentaron a las porteñas en Barracas, Puente Alsina y Los Corrales.

Capítulo 3

La Historia de López.

Ramón J. Lassaga: el biógrafo de López.

Ramón J. Lassaga nació en la ciudad de Santa Fe, el día 28 de octubre de 1858. Biznieto de Gabriel F. de Lassaga, español proveniente de Navarra que se asentó en la ciudad hacia 1744. Este es un dato a tener en cuenta, ya que permite pensar a los Lassaga como una de las tantas familias que, llegadas al Virreinato del Río de la Plata desde la segunda mitad del siglo XVIII, animaron los momentos finales del período colonial y también en el independiente (Losada, 2009: 8). En el caso de Santa Fe, si bien una ciudad pequeña y bastante pobre en comparación con la cada vez más floreciente Buenos Aires, puede observarse también el vínculo establecido entre las familias de origen hispánico recién llegadas y aquellas cuya descendencia y permanencia en el territorio local encontraba su origen en los primeros tiempos coloniales. Incluso más que en Buenos Aires, en Santa Fe un pequeño círculo de familias con raíces hispánicas enlazadas entre sí por relaciones parentales, constituirán las elites privilegiadas en torno al acceso a los recursos materiales y simbólicos de poder.

Un primer paso en esa dirección fue dado por Gabriel Lassaga cuando, en 1760, se casó con María Francisca J. Echagüe y Andía. El matrimonio tuvo 10 hijos, uno de los cuales fue Pedro Lassaga Echagüe que, junto a Josefa Arias Troncoso, darán a luz al padre del biógrafo del caudillo santafesino, es decir, a Carmelo Lassaga Arias. Según Catalina Pistone, la infancia de Ramón estuvo muy marcada por la relación con su padre, ya que cuando tenía apenas cinco años falleció su madre, Ramona Doldán (Pistone, 1965:135). La formación intelectual del futuro historiador se vio atravesada por el liberalismo, corriente intelectual dominante entre las elites argentinas decimonónicas, que en Santa Fe adquirió características peculiares al entrelazarse profundamente con el catolicismo. El propio autor lo pone de manifiesto en una biografía inédita sobre Patricio Cullen¹⁰, escrita posteriormente, cuando destaca que dentro del liberalismo provincial “todos sus miembros o la mayoría de ellos pertenecían a la comunidad católica y era un honor el tener ese dogma religioso como credo”. Los canales a través de los cuales se fue inculcando en el joven Lassaga este “liberalismo católico” fueron dos: en primer lugar, el entorno familiar y, en segundo, el Colegio de la Inmaculada Concepción de los Padres Jesuitas, institución a la que ingresó en 1870.

¹⁰ La misma se encuentra dentro de la serie “Manuscritos literarios” y, si bien no aparece fechada, el tono rememorativo con el que está escrita da cuenta de que fue producida a una cierta distancia temporal de los sucesos. Probablemente sea de inicios del siglo XX, como el resto de los manuscritos que sí se encuentran fechados y datan de aquellos años.

Antes de la aparición de la *Historia de López*, el flamante historiador y poeta ya había iniciado su trayecto intelectual: en 1877 fue premiado con la primera medalla de la Academia de Literatura, destacándose en la escritura de versos; al año siguiente, obtuvo el título de bachiller y, en 1879, comenzó sus estudios en la Escuela de Jurisprudencia que funcionaba en el mismo Colegio. Paralelo a ese recorrido, se había metido de lleno en la turbulenta política santafesina, participando tanto de los levantamientos contra Servando Bayo en 1877, como de la revolución de 1878 surgida tras las elecciones que eligieron por segunda vez a Simón de Iriondo como gobernador. Por lo tanto, hay que tener en cuenta que este joven escritor ligado a la política responde perfectamente al modelo de intelectual del período de entre siglos:

Hombre ilustrado, atento a las ideas innovadoras, muchas veces políglota y cosmopolita, discurre en un universo de múltiples inquietudes y actividades, que difícilmente pueda ser comparado con la especialización cerril que nos impone el ideal de excelencia académica (Prado, 1999: 53).

“La hora de la reparación y la justicia”: Estanislao López, el biografiado.

Luego de narrar en el capítulo II con detenimiento los acontecimientos que desembocaron en la elección de Mariano Vera como gobernador de Santa Fe en 1816, mencionando la sublevación del teniente Estanislao López en Añapiré como parte de la “revolución¹¹” contra la intromisión en la provincia del ejército del general porteño Juan José Viamonte, Lassaga se exculpa: “...*Quizás nos hallamos detenido mucho en la narración de estos sucesos y se creará que nos hemos olvidado de nuestro tema que fue únicamente la biografía del general López. Pero su historia está tan enlazada con la de Santa Fe que nos hemos visto precisados a narrar estos sucesos para llenar uno de los propósitos que tuvimos en vista al escribir la vida del ilustre López, su defensa de las calumnias de que es blanco...*”.

El historiador santafesino estaba en lo correcto al juzgar retrospectivamente que la historia del caudillo Estanislao López necesariamente abría una puerta para indagar la historia de la provincia. Hoy, más de 130 años después, no podemos negar que una historia política del siglo XIX santafesino estaría incompleta si no tuviera en cuenta el significado trascendental de quien fuera gobernador de la provincia durante veinte años, entre 1818 y 1838, en la vida provincial y nacional. Su labor militar y administrativa fue crucial durante la primera mitad del siglo XIX, consolidando un régimen de relativa estabilidad política (aunque no sin enemigos ni dificultades financieras) que, tras su

¹¹El significado del término revolución, en el lenguaje político decimonónico, aludía a un movimiento que buscaba un cambio de gobierno por otro.

muerte, comenzó a resquebrajarse, dando inicio a un proceso de crisis y encarnizada disputa por el poder local, sumado a un control político mucho más acentuado por parte del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas (Megías, 2010: 149).

Nacido el 22 de noviembre de 1786 en Santa Fe, hijo de Juan Bautista Manuel Roldán y de María Antonia López, la unión “de hecho” de sus padres le confirió la condición de natural, no pudiendo acceder al derecho de heredar¹², aunque por línea paterna se encontrara enlazado con familias cuyo linaje incluía a los primeros pobladores. Por lo tanto, su posterior ascenso a los primeros planos de la política santafesina debe pensarse en el marco de una ciudad de frontera y en el contexto de las reformas borbónicas: como señala Sonia Tedeschi, una de ellas fue el refuerzo de los Cuerpos de Blandengues, destacándose desde 1804 el soldado Estanislao López en el de Santa Fe (Tedeschi, 1999: 203). Una sobresaliente carrera militar, posteriormente, impulsó su camino a la política, en la que tendrá un papel cada vez más influyente desde 1817, al ejercer como gobernador interino de Mariano Vera, quien frecuentemente incurría en campañas contra pueblos originarios fronterizos. Algunos de los hechos más destacados durante sus veinte años como gobernador fueron el establecimiento de la primera constitución con la que contó la provincia, es decir, el Estatuto Provisorio de 1819; la victoria junto a las fuerzas del caudillo entrerriano Francisco Ramírez en Cepeda, al año siguiente, que significó el fin del Directorio y la apertura de una nueva etapa dominada por la emergencia de las provincias como estados autónomos; la alianza con Juan Manuel de Rosas, quien desde el establecimiento de su segundo gobierno buscó apoyarse en los caudillos federales del Litoral para sostener el orden interno en la naciente Confederación Argentina.

En la década de 1830, Pedro de Angelis ya había confeccionado una pequeña reseña sobre el Brigadier General Estanislao López, a pedido del entonces gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas. Treinta años más tarde, el poeta Olegario V. Andrade también se interesó por escribir un relato sobre su historia. Para las décadas finales del siglo XIX, difícilmente su nombre durmiera “en el sueño del olvido”, como manifestara en la “Advertencia” a la *Historia de López* Ramón Lassaga, aunque también es cierto que nunca antes de la aparición de este libro se había escrito una biografía tan completa y minuciosamente documentada, acorde a los difusos pero emergentes cánones de la naciente historiografía argentina. Al hacerlo, el historiador santafesino buscaba posicionarse como el justiciero que venía a honrar la memoria de uno de los “...muchos hombres y figuras que a pesar de sus virtudes no se han visto libre de los tiros enconados de la calumnia...”. Aunque no quede claro ni haya referencia explícita a quienes son esos detractores, hay que advertir que su valoración de la figura de López entró en tensión con las representaciones que de su persona aparecían

¹² Situación que se modificará hacia 1817, cuando sus padres decidieron formalizar su matrimonio en el momento en que Estanislao comenzaba a ejercer un rol más importante como gobernador interino. Su “pertenencia tardía” a la elite lo llevó, según Tedeschi, a tomar una serie de medidas beneficiosas para los propietarios de bienes y negocios.

en la *Historia de Belgrano* de Bartolomé Mitre, a quien define como el autor “...*que en materia de historia es lo más completo e imparcial que se ha escrito hasta ahora...*”, y se mostró diametralmente opuesta a las de Vicente Fidel López, quien al analizar los sucesos del año veinte en la *Revista del Rio de la Plata* había llegado al punto de definirlo como un “gaucho rematado”.

Publicación y formato de la obra.

La edición original de la *Historia de López* fue publicada en 1881 por la Imprenta y Librería de Mayo de Buenos Aires, a cargo del bibliófilo Carlos Casavalle. Hay que tener en cuenta que el concepto de librería de la época distaba de asemejarse al actual, y como señala Pablo Buchbinder, en ese momento funcionaban como “centros de socialización de los historiadores, lugares de encuentro y de distribución de libros así como de copias y documentos originales” (Buchbinder, 1996: 64). Allí, verdaderos núcleos de tertulia, asistían los personajes más renombrados de la política y la cultura argentina, como Bartolomé Mitre, Ernesto Quesada y Alberto Navarro Viola, entre otros. Tampoco habría que entender a la Imprenta y Librería de Mayo en términos de “editorial”, como utilizamos el término hoy, porque hacia las décadas finales del siglo XIX aún no se había producido el proceso de separación entre la impresión y venta de libros, actividades que estaban unidas.

¿Cómo logró el joven Ramón Lassaga establecer el vínculo que le permitió que una de las Imprenta-Librería más importante de la Argentina editara su primera obra histórica? Creo que la conexión fue lograda, principalmente, a través de su padre. Lo que corroboran las distintas biografías y las fuentes consultadas es que Carmelo Lassaga estaba plenamente inserto en la elite política santafesina: era íntimo amigo de Nicasio Oroño, Patricio Cullen y tenía vínculos con las personalidades más importantes del *Partido Liberal*, aunque no sólo de él; según cuenta Ramón en uno de los manuscritos consultados, tras la muerte de Patricio Cullen en 1877, fue hasta la casa de los Lassaga el propio gobernador Servando Bayo, del partido opuesto (y contra quien iba dirigida el levantamiento “cullista”), a brindarle el pésame. Estas situaciones adquieren sentido si se entiende que la elite santafesina, más allá de estar polarizada en las disputas por el poder, se encontraba de alguna manera homogeneizada no sólo por sus vínculos parentales, sino por compartir también los mismos espacios de sociabilidad y por desempeñar las mismas actividades: confluían en clubes sociales, en el “mundo tribunalicio”, se interesaban por asuntos religiosos, y muchos llevaban a cabo participaciones literarias a través de revistas culturales (De Marco, M.A. h, 2001: 406). No me parece entonces descabellado esbozar una respuesta que apunte a los vínculos que tenía Carmelo Lassaga con los miembros de la elite santafesina, en el marco de constitución de elites nacionales que acompañaron al proceso de conformación del Estado Nacional. Más allá de que el contacto haya sido establecido por medio de sus

pares liberales o por figuras del oficialismo (hay que tener en cuenta que el financiamiento de la obra estuvo a cargo del Ejecutivo Provincial), lo cierto es que la misma Imprenta y Librería que publicaba obras de las más importantes personalidades de la política y cultura argentina, se encargó de dar a luz la *Historia de López* de un joven pero activo escritor santafesino.

La obra de Ramón Lassaga respeta el modelo mitrista presente en la *Historia de Belgrano*, no sólo por el carácter biográfico sino también por el esquema: en este caso se trata de 450 páginas divididas en 25 capítulos, a las que se suman un apéndice documental con el que el historiador busca respaldar sus afirmaciones, y que aportan casi 100 páginas más. Como señala María Gabriela Micheletti, es una “historia de los grandes hombres”, cuyo destino del héroe es “hacer coincidir su determinación personal con la voluntad colectiva de una época” (Micheletti, 2013: 80). A continuación, entonces, presentaré un análisis de la obra orientado a desentrañar la óptica “lassaguiana” de la historia argentina, prestando atención a los núcleos temáticos desarrollados a lo largo de la *Historia de López* y a la forma en que construye y presenta su interpretación y valoración de los hechos del pasado.

Santa Fe y López: aportes a la construcción de la nación argentina desde la óptica “lassaguiana” de la historia.

En la obra de Lassaga, Estanislao López es, a la vez, un héroe nacional y el máximo defensor de la autonomía santafesina. Esto puede vislumbrarse desde la “Advertencia” inicial, cuando lo señala como uno de los hombres que entendió que “...*la patria no consistía en tal o cual provincia, sino que consistía en todas ellas...*”, pero cuyo “...*único defecto, más bien proveniente del carácter de la educación de ese tiempo, fue el localismo que demostró en algunas de sus acciones, y el demasiado celo por su gobierno...*”. Aunque durante el resto de la narración ambos atributos sean exaltados positivamente, es evidente que el primero es el que le permite al autor legitimarse frente a las elites culturales porteñas interesadas sobre el pasado, buscando incorporar al “panteón nacional” una figura surgida desde un espacio provincial pero cuya acción, se buscaba demostrar, trascendía las fronteras de lo local.

Estos dos roles se entrecruzan a lo largo de toda la obra, incluso en los primeros siete capítulos que se dedican fundamentalmente al breve pero intenso período que va desde 1815 a 1818, cuyo inicio está dado por la conformación de la Liga Federal encabezada por el oriental José G. Artigas, hasta la elección de López como gobernador. En el transcurso de esos años se anticipa, a través de las invasiones desde Buenos Aires a Santa Fe por parte de los generales Juan José Viamonte en 1815 y de Eustoquio Díaz Vélez al año siguiente, el “culpable” de la “anarquía” que atravesará el país a partir de 1820: Buenos Aires o, mejor dicho, sus gobernantes. Cuando ante la muerte de Francisco Antonio Candiotti queda vacante la gobernación de la provincia, Lassaga

advierte: “...La elección del nuevo gobernante iba a hacer conocer al pueblo de Santa Fe si solamente venían las tropas de Buenos Aires a impedir que las tropas de Artigas pasasen a esta provincia, o si era tratado como un pueblo conquistado...”. Lo que ocurrió según el autor fue lo segundo, y si el intento de conquista de Viamonte fracasó fue porque “el descontento se rebeló en las masas” y se inició en marzo de 1816 un levantamiento encabezado por Mariano Vera, al que se plegó Estanislao López en Añapiré, siendo premiado por su “bravura” con el grado de capitán.

Es importante detenerse en los capítulos iniciales porque aparecen muchas de las claves para entender cómo Lassaga va a ir construyendo, con el correr de los capítulos, un relato vindicatorio sobre un héroe que plantea como nacional, a pesar de no figurar de esa forma en los relatos sobre el pasado de mayor trascendencia de la época. En primer lugar, el papel de “víctima” del accionar egoísta de los gobernantes de Buenos Aires fue lo que llevó a Santa Fe a emprender caminos que se desviaban de lo que verdaderamente ambicionaba: Artigas, por ejemplo, es señalado como un “caudillo prepotente” al que si Santa Fe siguió fue porque le hizo oír la “mágica palabra” Federación, puesto que “...si Buenos Aires hubiera procedido de buena fe, si sacrificando toda enemistad hacia las provincias en aras del bien común, hubiera trabajado por unirse con Santa Fe, ésta, olvidando todo resentimiento anterior hubiera roto con Artigas...”. En segundo lugar, la buena predisposición santafesina a la organización nacional queda demostrada por su cumplimiento de los tratados firmados, algo que el autor buscará enfatizar a lo largo de toda la obra, como forma de justificar el accionar posterior de López, sobre todo en lo que concierne a los sucesos del año 20. Esto se observa cuando, luego de destacar la valentía de “López y sus montoneros” en la resistencia santafesina contra la invasión de Ramón Balcarce en 1819, finalmente vencido en diciembre de aquel año, señala que el objeto de la acción de aquel había sido dar un golpe de muerte a la independencia local de Santa Fe, “...aprobada por el general Díaz Vélez en el tratado firmado en Santo Tomé y que llevaba la fecha del 9 de abril de 1816...”. Más aún, “...los santafesinos peleaban por sostener su independencia local y, como hemos dicho anteriormente casi por instinto la república federal, en contra del poder centralizador de Buenos Aires que sostenía las doctrinas unitarias...”. Hasta 1818, contaba entre los méritos de López haber acompañado al “inmortal” Belgrano en la expedición al Paraguay desarrollada entre septiembre de 1810 y marzo de 1811, ya que a pesar de que la campaña terminó siendo un fracaso, había peleado con “bravura” e incluso mostrado sus dotes como soldado, escapando de su prisión en Montevideo. Ya en su ciudad, fue protagonista de los hechos que terminaron con la firma del tratado de Santo Tomé y, según Lassaga, no tuvo nada que ver con el levantamiento de los vecinos de Santa Fe contra Mariano Vera, ya que en ese momento se encontraba en San José. Los argumentos que desmentían lo enunciado años atrás por

Vicente Fidel López en la *Revista del Río de la Plata*¹³, sin embargo, parecen poco convincentes: por un lado, a pesar de sostener que contaba con “datos fidedignos” para negar la injerencia de López en el movimiento contra Mariano Vera, no los cita ni se extiende sobre el tema; por otro, terminaba declarando que “...no dejamos de aborrecer las revoluciones, pero sí comprendemos que los que al frente se pusieron del motín del 14 de julio de 1818, hicieron un bien a la provincia evitando quizá por este medio un derramamiento de sangre santafesina y colocando en el gobierno a don Estanislao López que contribuyó a crear la preponderancia que tuvo Santa Fe en aquellos tiempos de desórdenes...”.

Es desde este momento que Estanislao López, “...el más noble de los caudillos de ese tiempo...”, se convierte en el personaje que sacó a Santa Fe del lugar de víctima, para pasar a colocarla en el centro de la escena nacional. Esa especie de “pecado” mencionado en la “Advertencia”, es decir, su “demasiado localismo”, fue cometido en contra de su verdadero deseo: “...López era argentino y deseaba como el que más la libertad de su patria. Pero una fatal desgracia hacía imposible que se estableciese en el país el reinado de la paz, pues Buenos Aires o más bien dicho los que la gobernaban y entre los cuales no faltaban provincianos, deseaban poner bajo su dominio a las provincias...”. Para reforzarlo, apelaba nuevamente a un recurso contrafáctico, algo usual en una época sin reglas metodológicas claras en lo concerniente a la escritura de la historia, que transformaba a López no en el portavoz del pueblo santafesino, sino de todas las provincias: “...no dudamos que López se hubiese unido a Buenos Aires, si ésta le hubiese prometido la realización del pensamiento dominante entre las masas del pueblo. La unión de todos los argentinos bajo un régimen republicano federal...”.

De esta manera, el hilo conductor que pasa a ser dominante en la obra es el de la dificultosa organización de la nación en lo que Lassaga considera la “segunda etapa” de la revolución iniciada en Mayo de 1810: mientras la primera había tenido por objeto “darnos patria”, en la segunda “...libre la patria Argentina de enemigos exteriores, principió a querer constituirse en medio de la guerra fratricida...”. Las dificultades del período son las que contribuyen a reforzar la imagen de los héroes que en ella actuaron, por tener la valentía de intentar constituir la república federal cuando las condiciones se mostraban desfavorables. La reflexión está dada desde un presente en donde el autor entiende que el proceso ha terminado con éxito: “...esa sangrienta hoguera que alumbró hasta el año 62 a la nación argentina...”. Esta pequeña y sutil referencia traza una relación entre el pasado y hechos más recientes, vislumbrando cómo Lassaga ubica en la presidencia de Mitre el punto de llegada de la organización de la nación, algo entendible en tanto el ex presidente era su referente intelectual y también político.

¹³ La *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de América* fue un emprendimiento cultural desarrollado en conjunto por Andrés Bello, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez, publicado por la Imprenta y Librería de Mayo durante la década de 1870. En el número 16, aparecido en mayo de 1872, al narrar los sucesos del año XX insinuaba que la ambición personal de Estanislao López, que buscaba acceder a lo más alto del poder local, lo convertía en un potencial enemigo del gobernador Mariano Vera.

En ese camino tortuoso, para el autor Estanislao López tuvo la dignidad de revestir a sus acciones de un manto legal. En un comienzo, al ver imposibilitado su deseo de ver constituida la nación argentina, se dedicó a los asuntos internos de su provincia, confeccionando en 1819 un Estatuto para reforzar el poder Ejecutivo santafesino. Con Buenos Aires se había establecido una “pequeña tregua” mediante la firma del tratado de San Lorenzo, pero el verdadero enemigo eran ahora los “rateros” esparcidos sobre la ciudad, compuestos en su mayoría de indios. Es interesante cómo el autor representa lo indígena desde una mirada sarmientiana, bajo el dualismo civilización/barbarie. Mientras Buenos Aires aparece como una “hermana” cuyos gobernantes intentaban convertirla en “señora” de las demás provincias, las comunidades originarias son denostadas peyorativamente bajo el calificativo de “los bárbaros del Chaco”. En uno de los capítulos posteriores, al analizar la campaña militar que López planeaba contra aquellas en 1822, la dicotomía se expresa crudamente: “...*Pero si en esa época no era posible bordar, como al presente, de colonias florecientes nuestras vírgenes campiñas, era necesario acuchillar al salvaje, humillarlo, hacerle conocer la superioridad del soldado disciplinado sobre su guerrero inculto...*”.

Los sucesos del año 1820 ocupan 146 páginas de los siete capítulos de la *Historia de López*, que van desde el 12 al 19: es decir, el autor le dedica a ellos más del 30% de su obra. Esta observación no es un detalle menor, porque considero que esa concentración en el año 1820 configura el momento principal en donde el autor pone en tensión su relato con respecto al de los “padres fundadores” de la disciplina. Más acentuadamente en el caso de Vicente Fidel López, ya que como veremos en el capítulo siguiente las opiniones de Mitre eran más matizadas, Estanislao López había sido representado como uno de los principales caudillos que representaban las tendencias “bárbaras”, “anárquicas” e “independentistas”, frente al centro civilizador de Buenos Aires que buscaba unificar a las partes desprendidas del ex Virreinato del Río de la Plata. Para Lassaga, disputar ese sentido dependía de lograr resignificar o justificar las causas y la acción del gobernador santafesino, junto al caudillo entrerriano Francisco Ramírez, en Cepeda.

Buscando resolver este problema, comienza quitándole responsabilidades a López, a partir de la atribución de características específicas a Ramírez: sugiere sin afirmar que el “enojo de las masas del pueblo” y la muy “marcada predisposición a la guerra” contra Buenos Aires puede haber surgido por el accionar de “enviados secretos” del caudillo entrerriano, a su vez seducido por el ambicioso José Miguel Carrera. Esa operación le permite a Lassaga representar al gobernador santafesino no tanto como culpable de la invasión sino como víctima de influencias externas, aunque argumente que no hay que “santificar” las decisiones de López, “...*porque el deber del historiador es juzgar a los hombres públicos como se merecen y presentarlos a la posteridad con sus defectos y sus glorias...*”. Luego, busca apoyarse en Mitre, “...*la voz más autorizada en Historia del Río de la Plata...*”, para reforzar la tesis de Carrera y Ramírez como los principales

instigadores. Como sea, el asunto de las causas que llevaron a López a romper con los tratados de San Lorenzo queda oscurecido y el autor desplaza la batalla por el sentido de la disputa hacia lo que representaban los contendientes: Rondeau era el “jefe del unitarismo”, defensor del “partido de la centralización”, mientras López y Ramírez aparecían como “soldados de la federación”, “doctrina de la mayor parte de los pueblos”. De esta manera, justifica el accionar de los caudillos que “...no querían la sumisión de Buenos Aires sino la fundación de una nación libre bajo el régimen federal por el que los pueblos se habían decidido...”. Más elocuentemente, sostiene que combatieron el poder del Directorio con el objetivo de lograr ese “...gran todo soñado por los hombres de Mayo...”.

La victoria de los ejércitos de López y Ramírez en la batalla de Cepeda del 1 de febrero de 1820, se materializó el 23 de ese mes con la firma de los “célebres” tratados de Pilar, en el que los dos caudillos acordaron con el gobernador provisorio de Buenos Aires Manuel de Sarratea una serie de disposiciones, que incluían entre otras la organización legal de las provincias bajo el sistema federal y la entrega de armas y dineros por parte de Buenos Aires a Santa Fe y Entre Ríos. Lassaga le otorga una importancia crucial a lo establecido en Pilar porque buscaba transformar las relaciones entre Buenos Aires y las provincias del Litoral: “...ya no eran enemigos sino hermanos. Antes de los tratados eran santafesinos, porteños y entrerrianos, después quedaban solamente argentinos que se abrigan bajo el estandarte glorioso de la patria...”. La aceptación del Estado Nacional como organización institucional legítima de las provincias queda en evidencia cuando intenta trazar las diferencias entre el pasado y el presente: “...por desgracia los que buscan otra vez el derramamiento de sangre de hermanos no es Buenos Aires como en los años primeros; son provincianos que han desoído la voz de la patria...”.

Los “célebres” tratados de Pilar, entonces, se van a convertir en una de las armas que el historiador utilizará para justificar cada una de las acciones sucesivas que emprenderá López en la coyuntura abierta en 1820, porque le permite darles a ellas un contenido legal. El cumplimiento del tratado va a ser lo que, por un lado, aleje cada vez más al gobernador santafesino de Ramírez y de Artigas y, por otro, vuelva a mostrar la culpabilidad de Buenos Aires en la desorganización. En lo que respecta al primer asunto, mientras López regresaba a Santa Fe tal como se había acordado, Artigas buscaba aprovechar el triunfo de Cepeda para “lograr sus propias aspiraciones”, convirtiéndose en “una de las columnas poderosas de la desorganización”; Ramírez, por su parte, no estaba dispuesto a cumplir lo pactado, y pronto “...renació en su pecho esa doctrina localista que tanta sangre costó a la república argentina...”. En lo tocante al segundo aspecto, fue Buenos Aires quien rompió el pacto al atacar la cuadrilla estacionada de Pedro Campbell, lo que abrió nuevamente las hostilidades.

Ambos problemas convergen, en el argumento lassaguiano, cuando en noviembre de 1820 se firman los tratados en Benegas. Mediante este acuerdo se llegó a la paz entre Santa Fe y Buenos Aires, y la predisposición del gobernador santafesino a cumplir con

el pacto tuvo el efecto de que “...durante el espacio de ocho años, Santa Fe no sacó su espada en contra de Buenos Aires, antes bien, en defensa y cumplimiento de estos siete artículos, las lanzas de Ramírez y los sables de López se chocaron, concluyendo el primero en la tumba con sus ambiciones y sus deseos ardientes de poder y supremacía...”. El enfrentamiento entre las fuerzas de ambos se produjo en 1821, significando la muerte del entrerriano una posibilidad para organizar la república, aunque Lassaga le reconoce el mérito de haber sido “...uno de los primeros que opuso su prestigio y su brazo para derrocar el poder directorial...”. Pronto, sin embargo, esa alternativa sería desterrada.

El análisis de los capítulos finales lleva a la conclusión de que las dificultades atraviesan toda la vida política de López, operando como obstáculos a la realización de sus anhelos. Para Lassaga, la administración de la provincia por parte del gobernador santafesino estaba animada por el mismo espíritu de progreso que movían a Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia a llevar a Buenos Aires el “progreso” y la “gloria”, sólo que no contaba con los mismos recursos económicos, ya que las constantes invasiones directoriales habían provocado un aumento de la pobreza. A pesar de la adversidad, agravada por las reiteradas “incursiones de los salvajes”, López llevó a cabo la fundación de escuelas en la provincia e impulsó la creación del papel moneda, como muestra de su intento por “adelantar” moral y materialmente a Santa Fe. En cuanto a su deseo de organizar la nación, como soñaban los patriotas de Mayo y la mayoría de los pueblos emparentados por la adhesión al federalismo, nuevamente sería imposibilitado por la aparición de un nuevo personaje representado como “...el más unitario de los unitarios revestido con el ropaje de federal republicano...”.

La cita anterior hace referencia a Juan Manuel de Rosas y en su condena a este personaje, Lassaga hace honor a su pertenencia a la tradición liberal, la que comparte junto a los historiadores más importantes de la época. Las referencias negativas hacia esta figura son elocuentes: sus bases sociales no se encontraban en los vecinos ilustres de la ciudad de Buenos Aires, sino en “...cuanta escoria arrojaba de su seno la sociedad...”, y sus actos lo transformarían en “...un personaje que, por sus asesinatos, debía hacerse notable algún tiempo más tarde...”. A pesar de que el nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires desde el 1 de diciembre de 1829 y Estanislao López forjaron tempranamente una importante alianza política, Lassaga se esmeró por diferenciarlos señalando que “...en el sistema de Rosas, gobernar era separar, desunir; el de López era organizar y unir. Estos dos principios debían chocar con el tiempo...”. Aunque es notorio que encuentra difícil argumentar esas diferencias, al no hacer mayor referencia a ellas, esboza una idea que incluso circula hoy en día en la historiografía argentina, al señalar que la muerte de Estanislao López el 15 de julio de 1838 “...vino a herir como un rayo a las personas patriotas que veían en el general López un contrapeso a la autoridad ilimitada del general Rosas...”.

El levantamiento de Urquiza contra Rosas es interpretado por el autor como una “cruzada regeneradora” del libertador entrerriano contra el “Tigre de Buenos Aires”, destacando que “la patria de López no se hizo sorda al llamado”, enviando a la vanguardia del Ejército Grande al coronel Oroño, “uno de los discípulos de don Estanislao López”. Así, el presente y la política vuelven a colarse en las páginas finales de la obra, y es el personaje más importante del *Partido Liberal* santafesino el reivindicado como uno de los continuadores de la obra del caudillo. De esta manera, aunque una de las motivaciones que llevaron al gobernador Simón de Iriondo a financiar la *Historia de López* puede haber sido la posibilidad de trazar un paralelismo entre los que se entendían como dos caudillos de diferentes épocas, en realidad la elección de una figura militar, masculina y fuerte por parte de Lassaga, estaba a tono también con la política dominante de la época, que en Santa Fe particularmente tenía claras connotaciones personalistas entre las dos principales facciones políticas que se disputaban el poder.

Antes de finalizar el capítulo, conviene realizar algunas observaciones sobre el alcance y la recepción que tuvo la obra, tanto a corto como largo plazo.

Recepción de la obra

El año 1880, además de significar para el Estado Argentino el momento primordial de su organización, vio también el nacimiento de un emprendimiento cultural de una escala sin precedentes en el país, cuyo impulso se basó en el trabajo realizado previamente por personalidades destacadas de las elites latinoamericanas. Me refiero al *Anuario bibliográfico de la República Argentina* dirigido por Alberto Navarro Viola, que reconoció entre sus antecedentes la labor realizada por Juan María Gutiérrez, Andrés Bello y Bartolomé Mitre, entre otras personalidades destacadas, en lo que refiere a la colección de libros americanos sobre diferentes temáticas. De esta manera, el *Anuario* se transformó en una de las principales publicaciones del país dedicado a la crítica de obras de diferente tipo y, por lo tanto, constituye una fuente importante para analizar la recepción que tuvieron las obras realizadas por escritores de diferentes ámbitos políticos y geográficos de la Argentina.

Que la *Historia de López*, trabajo publicado por un joven historiador santafesino y no por un personaje consagrado de las elites culturales a nivel nacional, figure en el tercer tomo del *Anuario* dedicado a los principales trabajos publicados en el año 1881, da cuenta de que el libro de Lassaga no pasó desapercibido. En la crítica de Navarro Viola, luego de resumir cómo el autor santafesino estructuró el contenido de su obra, puede observarse una recepción bastante alentadora: “...*El señor Lassaga no se contenta con hacer una simple biografía, sino que narra y estudia todos los acontecimientos sobre que ejerció el general López su influencia más o menos directa...*”, y “...*bajo el punto de vista histórico, este trabajo tiene algún mérito, en cuanto se refiere a la*

interpretación que da a los sucesos y a la franqueza de las opiniones emitidas...”. La única mención negativa es “...notarse la carencia de muchas de las cualidades que constituyen al historiador...”, pero al no especificar a cuáles se refiere confirma lo planteado en el estado de la cuestión del presente trabajo, al aclarar que aún durante este período las “reglas” en cuanto al trabajo de un historiador no estaban claras, ante la inexistencia de un campo académico profesional.

Junto a la recepción más coyuntural de la obra, es posible complementar una mirada que incorpore el largo plazo. Una buena ocasión es analizar las “Jornadas de Estudios Históricos sobre el Brigadier General Estanislao López” celebradas por la “Junta de Estudios Históricos de Santa Fe” en el año 1938, al cumplirse el centenario de la muerte del caudillo santafesino, más de quince años después del fallecimiento de Ramón Lassaga¹⁴. Las mismas fueron publicadas bajo formato de libro en el año 1941, y a pesar de que como se ha señalado anteriormente la *Historia de López* constituyó la tercera obra biográfica dedicada al héroe santafesino, entre los premios instituidos por la Junta para estimular el estudio de la “personalidad, época, obra y colaboradores” del Brigadier figura la medalla de oro “Dr. Ramón J. Lassaga”, y se justifica el nombre de la misma por haber sido “el primer biógrafo de López”. Ese es el principal título que le ha quedado en la posteridad y, aunque su proyección terminó limitándose con el correr de los años al ámbito santafesino, como advierte María Gabriela Micheletti

...su obra ha quedado como testimonio de los discursos historiográficos alternativos a que dio lugar el período de entresiglos, marginados por una Historia de la Historiografía argentina que ha puesto el acento en el peso hegemónico que entre mediados del siglo XIX y el surgimiento de la Nueva Escuela Histórica lograron las visiones del pasado nacional construidas por las escuelas historiográficas de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López (Micheletti, 2010: 14).

¹⁴ El historiador santafesino Ramón Lassaga falleció el 21 de junio de 1921.

Capítulo 4

La configuración de un “protoespacio historiográfico”: tensiones y polémicas.

La problemática emergencia de un campo profesional.

Como ha sido señalado en el primer capítulo de este trabajo, hasta las primeras décadas del siglo XX no existió en la Argentina un campo profesional en el que la escritura de la historia estuviera instituida de reglas claramente definidas, ni tampoco una comunidad académica en la que un conjunto de pautas compartidas permitieran hablar de “historiadores” en tanto profesionales dedicados a la escritura, enseñanza o investigación histórica, diferenciados de especialistas en otras disciplinas. La validación profesional a través de un título emitido por una institución autorizada y legitimado por el Estado, era inexistente. Antes bien, la historia, las biografías de personajes destacados del pasado, la jurisprudencia, la poesía y, las letras en general, formaban parte de un heterogéneo ámbito cultural en el que las diferenciaciones disciplinares no eran precisas. Los integrantes de las elites culturales de la época así lo entendían y aceptaban, sabiéndose parte de esa “república de las letras”.

Estas precarias condiciones de existencia de la naciente historiografía argentina no pueden desligarse de un hecho fundamental: la tardía organización del Estado Nacional argentino, analizada en los capítulos anteriores. Esto marcó una gran diferencia con el modelo occidental europeo, ya que como señala Pablo Buchbinder

...por entonces en Europa, la historia adquirió un estatus científico y se convirtió en un oficio con reglas bien definidas. Se crearon allí instituciones dedicadas en forma exclusiva a la práctica de la historia, ésta se transformó en una disciplina ejercida en el ámbito universitario y se estableció un modelo de tarea y de trabajo para los historiadores basado principalmente en el uso del documento original de archivo y en los métodos de crítica de esos documentos, que fueron los que organizaron el estatus científico de la nueva profesión (Buchbinder, 1996: 60).

De esta manera, la categoría de “protoespacio historiográfico”, tal como fue utilizada por Gustavo Prado en “Las condiciones de existencia de la historiografía argentina”, texto publicado en el año 1999 y desde entonces ampliamente citado por su utilidad analítica y conceptual, alude tanto a la imposibilidad de hablar de un espacio claramente definido por las características ya mencionadas, como a la emergencia de una serie de discursos y prácticas que comenzarán a delinear, en ese heterogéneo

universo cultural, el nacimiento de un género historiográfico. El mismo autor advierte que limitar el surgimiento de la historiografía argentina a una serie de “obras fundacionales”, por más coherencia interna que hayan alcanzado como para marcar un quiebre, es menos propicio que entenderlas en un marco cultural que “suscitó respuestas, nuevas intervenciones y ácidas polémicas” (Prado, 1999: 52). Como ya se ha visto, cultura y política eran inseparables durante la segunda mitad del siglo XIX, y el surgimiento de estas obras debe ubicarse en el marco del proceso de conformación del Estado Nacional.

Este protoespacio historiográfico decimonónico está marcado, también, por la carencia de un aparato institucional de carácter público capaz de diferenciar a la práctica de la historia respecto a otras manifestaciones intelectuales. En 1854 se creó en Buenos Aires el “Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata”, con la intención de constituir una “asociación científica y literaria”, tal cual proclamó su principal impulsor en la sesión fundadora, Bartolomé Mitre. Tanto el título del Instituto como los objetivos enunciados por su creador, demuestran que estas instituciones dependían de iniciativas individuales de intelectuales no especializados profesionalmente en disciplinas diferenciadas y no podían ser obra de un Estado Nacional que aún se estaba conformando dificultosamente. Sin embargo, estos productores culturales atraídos por la historia intentaron llenar ese vacío institucional conformando una red de círculos privados en la que fue crucial el intercambio de documentos. La proximidad de los hechos narrados transformaba a muchos de estos intelectuales en testigos de lo que contaban o en descendientes directos de aquellos protagonistas, impulsándoles un sentido de solidaridad, compartiendo con los demás interesados los documentos con los que contaban.

En 1881, dos de los historiadores más reconocidos de la época, señalados posteriormente como los padres fundadores de la disciplina, dieron inicio a un debate metodológico que se prolongaría hasta el año siguiente, y que aún es recordado por muchos autores como un momento fundacional de la historiografía argentina, repitiendo el argumento esbozado por Rómulo Carbia en la segunda década del siglo XX: esto es, que la polémica puso en evidencia la previa existencia de dos corrientes o escuelas historiográficas diferentes en nuestro país. En el estado de la cuestión del presente trabajo se ha señalado que aquella idea ya no puede sustentarse y, por lo tanto, interesa reconstruir brevemente aquel debate en tanto testimonio de las condiciones en que operaba el protoespacio historiográfico argentino.

“Dos hombres de letras en disidencia”: la polémica entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre.

En 1881 la Imprenta y Librería de Mayo de Buenos Aires publicó la *Historia de la revolución argentina. Desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la*

tiranía en 1852. Introducción” de Vicente Fidel López, obra que de alguna manera será un anticipo de su monumental *Historia de la República Argentina*, aparecida en 10 tomos entre 1883 y 1893. En algunas de sus notas el autor pone de manifiesto supuestos datos erróneos dados por Bartolomé Mitre en su tercera edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (1876), que llevaron al ex presidente a publicar ese año y por medio de la misma editorial, sus *Comprobaciones históricas*. A propósito de la *Historia de Belgrano*, una respuesta a lo que consideraba “una agresión inmotivada y sin fundamentos”. Al año siguiente, Vicente Fidel López replicó con su *Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*, continuando con la polémica.

En la nota preliminar a las *Comprobaciones*, Mitre define los términos en los que concebía el debate al narrar cómo se gestó el libro: “...al resolvernos a metodizar nuestras contra-pruebas, nos impusimos el deber de no salir de la estricta defensiva, procurando que su tono correspondiera a la cultura y a la dignidad de las letras...”, pero al ver que ese trabajo se extendería “...resolvimos continuar por el diario *La Nación* la publicación de la parte inédita, bajo la bandera neutral de su sección de literatura, conservándole siempre su carácter estrictamente literario...”. Queda claro que Mitre no se sentía atacado en tanto historiador, sino como hombre de letras cuya dignidad era puesta en cuestión si se afirmaba que narraba sucesos del pasado de forma errónea. Por eso, buscaba legitimar sus *Comprobaciones* ante un público letrado, “...para que él juzgue con perfecto conocimiento de causa, en presencia de las críticas y las pruebas y documentos exhibidos, de qué parte está la verdad histórica y hasta qué punto tal crítica ha sido justa y fundada...”. Su defensa se amparaba en su proceder metodológico, al indicar que desde la primera edición de su *Historia de Belgrano* todas las afirmaciones realizadas estaban respaldadas por documentos.

Vicente Fidel López, por su parte, se encargó de continuar ese mismo año la polémica por medio de su *Refutación*, aceptando el plano en el que Mitre había colocado la disputa: “...es incuestionable que cuando los debates parlamentarios y las polémicas literarias llevan como complemento la urbanidad y la galantería de los contendientes, el debate es tanto más noble cuanto más alta sea la medida del respeto con que cada una de las partes pretende tratar a la otra, imponiéndole tácitamente el mismo deber...”. Más allá de la cuestión estrictamente histórica, es decir, la discusión en torno a la veracidad de los hechos pasados narrados, en la polémica entre dos hombres que se concebían dignatarios del mundo de las letras, merecedores del respeto entre sus pares, era fundamental comprobar quién había roto los “códigos de la urbanidad”. Al respecto, señalaba que “...el señor general Mitre, que comienza dándose por provocado, ha sido el único provocador, y nos permitirá, antes de entrar en materia, pedirle urbanamente que nos dé el puesto que usurpa y que ocupe el que le corresponde ante la opinión pública que nos juzga...”, ubicando la causa que dio origen a la polémica una carta sobre “Literatura Americana” enviada por Mitre, en 1875, a Diego Barros Arana y

publicada en el tomo IV de la “Revista Chilena”, que señalaba: “...*Excuso decirle que este escritor debe tomarse con cautela, porque escribe la historia con tendencias filosóficas, más bien según una teoría basada en hipótesis que con arreglo a un sistema metódico de comprobación. Fuera de los documentos impresos en los periódicos (que yo me he tomado el trabajo de comparar con los originales que existen, los cuales muchas veces los corrigen), el bagaje histórico de López es muy liviano. Guiándose por la brújula de su teoría; iluminándose en su camino por ideas preconcebidas; afirmando dogmáticamente, en consecuencia (puede decirse en cada página), lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos, que no ha consultado, incurre en errores gravísimos...*”.

Luego de desplazar el lugar de acusador a acusado, López defendía su “sistema histórico”, señalando que “...*la historia y la filosofía de la historia marchan juntas, y el autor que rechazara de su método histórico las tendencias filosóficas no podría, en nuestra opinión, reclamar con justicia otro lugar entre los autores modernos que el de los compiladores pacientes e incoloros de la cronología...*”. Mientras Mitre buscaba afirmarse como el historiador que procedía de acuerdo al “sistema de la documentación”, López señalaba que, en realidad, a partir de la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, aquel había “invadido y seguido más de una vez el nuestro”. Lo que buscaba dejar en claro el autor de la *Refutación* es que tal división no existía, que historia y filosofía marchaban juntas, y no aceptaba que se lo acusara de “afirmar lo contrario de lo que dicen los documentos”, porque “...*nuestro archivo también tiene cien mil documentos y no termina nunca, y nosotros no acostumbramos avanzar ningún juicio ni a indicar un solo gesto sin la documentación correspondiente que los comprueba...*”.

En fin, de alguna manera los autores que han visto en la polémica el nacimiento de la historiografía, al poner de manifiesto la existencia de dos escuelas, se colocaron en el lugar de uno de los dos contendientes: es decir, aceptaron el argumento de Mitre. Sin embargo, la reconstrucción del debate que aquí se hizo no fue para mostrar quién fue el acusador y quién el acusado, ni mucho menos para posicionarse y sostener que alguno de los contendientes tenía razón, sino que estuvo motivada por considerarlo un vehículo que expresa las condiciones en las que se construían los discursos sobre el pasado. Las polémicas históricas eran, aún hacia las décadas finales del siglo XIX, refriegas intelectuales que se entendían como literarias. Pero ante la ausencia de reglas claras que pudieran definir un espacio netamente historiográfico, comenzaban, sin embargo, a perfilarse ciertos criterios que serán retomados a inicios del siglo XX como uno de los pilares de la producción histórica profesional: es decir, la afirmación de que los sucesos narrados debían respaldarse a partir de la crítica de documentos verídicos.

Historiadores e historias paradigmáticas de una época.

La *Historia de López* escrita por Ramón Lassaga, analizada en el capítulo anterior, es también el reflejo de una época tanto en lo que respecta al método expositivo como al analítico. El rol del historiador, tal como lo concibe el autor, aparece a lo largo de la obra y, por ejemplo, en el capítulo 6 manifiesta: “...*buscamos imparcialmente la verdad y la justicia que son y debe ser siempre la ambición de todo buen historiador...*”. Subyace en esta cita la idea de que existe una “verdad histórica” objetiva, y que es tarea del historiador encontrarla de manera neutral, de forma independiente a las opiniones subjetivas. Esta misión del historiador es crucial porque permite “...*juzgar a los hombres públicos como se merecen y presentarlos a la posteridad con sus defectos y sus glorias...*”.

Esa alusión a la neutralidad y objetividad necesaria para narrar sucesos sobre el pasado, muy marcada en Bartolomé Mitre, está presente no sólo en el trabajo de Lassaga, sino también en la *Historia de Rozas*, publicada por Adolfo Saldías el mismo año. Al defender la elección de su biografiado, señalaba de la generación post-Caseros “...*que no analiza los verdaderos orígenes de los hechos, porque le basta seguir odiando a un hombre...*”. Es decir que, a pesar de la ausencia de mecanismos que legitimaran académicamente a los historiadores y sus historias, compartían ellos la creencia de que una verdad histórica existía y, por lo tanto, era una obligación encontrarla. El medio para cumplir esta tarea era una correcta crítica de los documentos, algo que tanto Lassaga como Saldías compartían con Mitre y Vicente Fidel López: sintomático de esta convicción es el hecho de que todos estos autores adjuntaban al final de la obra el “Apéndice documental” a partir del cual sustentaban lo narrado. Saldías, emulando casi los mismos términos utilizados por Mitre en sus sucesivas ediciones de la *Historia de Belgrano*, señala en una nota al pie que “...*el lector puede descansar en que no anticiparé, en todo el curso de este trabajo, dato alguno que no resulte claramente corroborado por documento fehaciente, o, a falta de este, por referencia irreprochable...*”.

Esa última cita es interesante porque da cuenta de otro elemento presente en la forma de hacer historia de la época: la idea de que, además de los documentos, hay “referencias” que no pueden discutirse y que aluden a la noción de “autoridad”. Como señala Alejandro Eujanian, al analizar las polémicas por la historia que enfrentaron en la segunda mitad del siglo XIX a Mitre con Dalmacio Vélez Sarsfield primero y Vicente Fidel López después, se trataba

...de un problema esencialmente político, en tanto lo que estaba en juego en estas polémicas era la autoridad que el historiador reclamaba frente a las élites políticas, la sociedad y también, respecto a aquellos cuyo campo de estudio compartía, pero frente a los cuales intentaba afirmar su preeminencia y status (Eujanian, 1999: 4).

Así como las polémicas entre los principales hombres de las letras ponían en juego las posiciones que ocupaban socialmente los contendientes, es notorio también que los escritores más jóvenes, a causa de la carencia de una trayectoria política e intelectual como la que acusaban las figuras que se habían ganado cierto renombre, buscaran apoyarse en estas “autoridades” en la materia, cuando se encontraban ante la ausencia de documentos que les permitieran respaldar sus palabras. Así lo manifiesta Ramón Lassaga cuando señala la falta de documentos para indagar las causas de la guerra entre las fuerzas de Estanislao López y Ramírez contra el Directorio, “...*lo que nos obliga a callar nuestra opinión para dar lugar a hacerlo a plumas más autorizadas que la nuestra...*”. La apelación al “...*general Mitre, autor de la historia más completa que se haya escrito sobre los sucesos del Río de la Plata, y cuya opinión es de las más autorizadas...*” le permitió desligar a Estanislao López como responsable directo de la guerra, ya que éste había sido influenciado por las ambiciones de José Miguel Carrera. Es decir, su posición estuvo legitimada no por el respaldo en documentos, sino por lo afirmado previamente por Mitre.

Por lo tanto, la inexistencia de reglas en términos profesionales y científicos no implicaba la carencia de ciertos “acuerdos” tácitos en la conformación de este protoespacio historiográfico, durante la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido, puede afirmarse que Ramón Lassaga y su *Historia de López* expresan tanto esos acuerdos, en lo que refiere al rol del historiador en la sociedad y a la importancia de los documentos como depositarios de la verdad histórica, como también las carencias e imprecisiones metódicas de un protoespacio disciplinar en construcción: como señala María Gabriela Micheletti, se apoya tanto en fuentes inéditas conservadas en el Archivo General de Santa Fe como en memorias locales, y “*existen casos en que prefiere dar crédito a lo afirmado por Pujol y Andino antes que a lo sostenido por Mitre, porque destaca el valor del testigo ocular*” (Micheletti, 2010: 7).

Esbozadas ya las principales características del protoespacio historiográfico decimonónico, es necesario ahora desplazar el foco desde lo metodológico hacia la valoración política de los hechos del pasado, para visualizar las tensiones que las obras de Lassaga y Saldías avivaron respecto a las interpretaciones históricas previamente construidas por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Todas ellas fueron tributarias del proceso de conformación del Estado Nacional y estiman de forma dispar tanto los sucesos del año 1820 como el rol ejercido por los caudillos provinciales en la historia nacional, durante la primera mitad del siglo XIX. El objetivo es rastrear aquellos elementos que permitan sugerir una explicación sobre la aparición de estos relatos vindicatorios de figuras hasta el momento denostadas por los “padres fundadores” de la disciplina.

Disputas de sentido: el rol de los caudillos y las provincias en la conformación del Estado.

De los autores que aquí se analizan, Vicente Fidel López ha sido el primero en abordar los sucesos acaecidos en el año 1820 en la *Revista del Río de la Plata*, publicación dirigida junto a Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez, y editada también por la Imprenta y Librería de Mayo. De esta revista cultural que tuvo vida entre 1871 y 1877, se han seleccionado los tomos IV y V, de los años 1872 y 1873 respectivamente, porque permiten ver la importancia que López le asignaba al año 1820 como quiebre de la historia argentina y la valoración que hace del papel jugado por las provincias y los caudillos en aquel período.

En el tomo IV, el autor comienza enunciando su carácter de pionero en el estudio de los sucesos del año 1820, ya que allí se había detenido “la preciosa monografía de Mitre sobre el general Belgrano”. Sin embargo, planteaba que hacerlo era una obligación casi hasta moral, porque formaba parte de una generación que había sido testigo, aunque en la niñez, de “aquella gloria sin igual”, y era necesario salvar ese recuerdo porque “el olvido va destruyendo la verdad fugitiva de los sucesos”. Acá es visible que Vicente Fidel López, como muchos de los intelectuales de la época, no hacía ningún tipo de distinción entre historia y memoria, y señalaba que “...*nuestro deber nos manda contar aquello que vimos entre las nubes fantásticas de la infancia; nos manda referir con un religioso respeto lo que oíamos a nuestros padres con un espíritu hondamente impresionado por los sucesos mismos...*”. Para llevar a cabo ese proceso de rememoración, parte de un presente en el que entiende que la Argentina está “entre las naciones más civilizadas y más libres del mundo moderno”, y que ese desenlace está vinculado con el año XX, porque fue ese el momento en el que “...*estalla pues el nudo social de las tradiciones del virreinato, bajo el peso de las necesidades fatales y de los gérmenes nuevos que había creado la revolución argentina...*”.

Esa eclosión social ponía de manifiesto el contraste entre una ciudad de Buenos Aires con “todos los recursos” y “las luces capaces de dar dirección y poder al movimiento revolucionario”, y la “semibarbarie social” de las campañas, en donde “los caudillos y el espíritu local las incitaban a la desobediencia y a la insurrección”. De Estanislao López, por ejemplo, sostenía en el tomo V que era “un joven de familia honesta pero gaucho rematado”, que se manejaba con “un egoísmo claro, moderado y sin pasiones”, y que en Añapiré había realizado un “pronunciamiento separatista y antiporteño”. Pero si bien entendía que era Buenos Aires la que contaba con los “verdaderos hombres y partidos de la Revolución de Mayo”, también señalaba que estos se habían mostrado decisivamente en contra de “las montoneras que anarquizaban las provincias litorales”, cuando a pesar de ser ellas “reaccionarias y bárbaras en cuanto a las creencias y doctrinas filosóficas del siglo”, también manifestaban una tendencia “natural” hacia el federalismo. Por lo tanto, el estallido del año 1820 puso en evidencia tanto la

desconexión entre la ciudad de Buenos Aires y las provincias como “...*la influencia de un nuevo principio, que aunque inorgánico todavía y mal escrito en las banderas de las chuzas santafesinas y entrerrianas...tenía que llevarnos sin remedio a la organización con que Washington y Hamilton habían dado vida a la grande República del Norte...*”.

Bartolomé Mitre, por su parte, recién incorporó el análisis del año 1820 en su tercera edición de la *Historia de Belgrano y la independencia argentina* (1876), lo que le permitió de alguna manera rever el papel desempeñado por los caudillos provinciales durante la primera mitad del siglo XIX. En las dos primeras ediciones de 1857 y 1858/59, estos habían sido dotados de una carga negativa, y para entenderlo quizás haya que ubicarse en el contexto político en el que surgió la obra: la disputa aún latente entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación podía interpretarse como una continuación de los conflictos del pasado. Incluso en la edición de 1876, el posicionamiento de Mitre como un escritor que ve la historia desde Buenos Aires lo sitúa en ciertos lugares comunes con Vicente Fidel López: desde su óptica, “...*Buenos Aires había sido la ciudadela de la independencia, el nervio de la autoridad, y era, como lo sería siempre, el núcleo indisoluble de la nacionalidad argentina...*”, mientras imperaba “...*el patriotismo local en todas las provincias rebeladas contra su ley...*”.

Ahora bien, hay en esta tercera edición de la obra fundamental de Mitre una visión mucho menos despectiva que la enarbolada por Vicente Fidel López contra los caudillos emparentados con lo destructivo: al citar el oficio del gobernador Estanislao López enviado al Cabildo de Buenos Aires el 5 de febrero de 1820, tras el triunfo en Cepeda, sostiene que allí “...*no respira aquel odio del artiguismo contra Buenos Aires, ni aquella tendencia anti-nacional y disolvente del caudillo oriental, empeñado en la destrucción, sin ningún propósito de organización futura. Cualquiera que sea la sinceridad con que en él se invoquen los principios, que tan mal comprendían y practicaban, vese que los caudillos reconocen una patria indisoluble, que buscan un gobierno para todos, que respetan un interés general y que se inspiran en un sentimiento verdaderamente argentino...*”. Esta distinción entre Artigas que representa lo anti-nacional y los caudillos provinciales que, a pesar de sus prácticas “poco civilizadas”, estaban imbuidos de un sentimiento nacional, permite de alguna manera integrar el papel de las provincias a la historia nacional, reconociéndoles su aporte a la construcción del Estado. Hay que tener en cuenta que, a diferencia del contexto de aparición de las primeras dos ediciones, en esta tercera un antecedente ineludible es la experiencia de Mitre como presidente de la República Argentina.

La *Historia de López* de Ramón Lassaga, publicada el mismo año en que se desarrolló el célebre debate entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, puso en tensión estas interpretaciones desde su propia base: es decir, la elección de un caudillo local convertido en héroe nacional como vehículo para narrar el pasado, necesariamente trastocaba el punto de partida en el que los “padres fundadores” habían edificado sus relatos. La elección de la figura de López implicaba desarmar las imágenes sobre él

construidas en aquellos, operación que llevaba aparejada la revisión del fenómeno del caudillismo en general. Respecto a lo primero, tomó las observaciones de Mitre que había diferenciado a Estanislao López de Ramírez, mostrando al gobernador santafesino dispuesto a celebrar los tratados firmados con Buenos Aires para alcanzar la paz, y las complementó con imágenes mucho más benévolas presentes en memorias inéditas locales. En torno al segundo aspecto, íntimamente ligado al primero, eligió defender explícitamente al “caudillaje”¹⁵ que nació “...*porque los pueblos necesitaban depositar su autoridad en brazos robustos que supieran defender su independencia local siempre amenazada por el espíritu absorbente de los que gobernaban a la provincia de Buenos Aires...*”. De esta manera, le atribuía explicaciones políticas coherentes a un fenómeno político y social que en los relatos de Mitre y López aparecía mucho más asociado a las condiciones “atrasadas” y “semibárbaras” de las campañas.

Ahora bien, hay en la obra de Lassaga una construcción modélica de lo que constituye un verdadero y legítimo caudillo, que busca despojar la carga negativa que pesaba sobre el término. En primer lugar, el consenso en torno a su figura y sus actos: Estanislao López “...*fue siempre idolatrado por su pueblo, no solo por los gauchos, sino por todas las clases sociales...*” y “...*sin este amor de sus gobernados, López no hubiera sido nada, porque la situación de la provincia no podía ser más desesperada...*”. Por lo tanto, caudillo era quien encarnaba las aspiraciones del pueblo como totalidad, incluyendo a los principales vecinos. Esta idea es afirmada cuando valora el caso de la elección de Manuel de Sarratea en Buenos Aires: “...*no eran las chuzas de los federales las que obligaban a los representantes del pueblo a elegir un gobernador que respondiese a las doctrinas de Ramírez y de López. La ambición de los mismos personajes de Buenos Aires y el ardiente deseo del pueblo porteño por la paz, fue lo que decidió a la junta de representantes a elegir de gobernador a don Manuel de Sarratea...*”. Es visible allí una visión aristocrática en torno a la concepción del pueblo, no equiparable a las “chuzas” o los estratos más bajos de la sociedad. En segundo lugar, caudillos eran los “patriarcas de la federación” que defendían aquella “...*idea santa porque representaba la voluntad de la mayoría de los pueblos...*”, y no “...*los gauchos que a la sombra del poder omnímodo de Rosas se levantaron en cada una de las provincias argentinas convirtiendo los pueblos en vastos cementerios...*”. Por lo tanto, Rosas no podía considerarse un caudillo porque no era un verdadero federal, ya que “...*el período de su poder fue caracterizado por el más absoluto centralismo, por la más negra tiranía...*”. Por último, la legitimidad de los líderes provinciales estaba también dada por la naturaleza de sus actos, que no debían corresponderse con la lógica de “barbarie” que les asignaba Sarmiento a todos por igual. Un caudillo es un ser

¹⁵En sus manuscritos inéditos posteriores hay diversas referencias que defienden el significado del término caudillo. Esto es elocuente en su relato biográfico de Simón de Iriondo: “Cuando los pueblos se sienten movidos por una fuerza que las impele a la lucha o al trabajo para conquistar el ideal que persiguen, siempre encarnan en un hombre sus aspiraciones y esperanzas, y es él, el caudillo, el que los conduce y los guía a través de caminos que ellos no conocen, a la consecución de sus ideales”.

humano “civilizado”, y esto explica que López tuviera con Facundo Quiroga “relaciones muy frías”, ya que “...las ejecuciones del Tigre de los Llanos solo le acarreaban el desprecio de los que no le temían...”.

Si las tensiones que el relato lassaguiano manifiesta respecto a las construcciones monumentales de Mitre y Vicente Fidel López fueran una excepcionalidad, el análisis de su caso tendría evidentes limitaciones para dar cuenta de ciertas pautas generales presentes en el contexto político y cultural de la época. Por lo tanto, es necesario traer a colación lo previamente señalado en el primer capítulo de este trabajo: en primer lugar, que la *Historia de López* debe pensarse en conjunto con otros relatos de carácter vindicatorio producidos desde las provincias durante el último cuarto del siglo XIX y, en segundo lugar, que desde la propia intelectualidad liberal porteña los “grandes relatos” comenzaban a ser puestos en cuestión, como lo manifiesta la *Historia de Rozas* de Adolfo Saldías, aparecida también en 1881. Por lo tanto, el capítulo final de este seminario termina con algunas referencias comparativas sobre aquella obra.

En la *Historia de Rozas y de su época* (1881), lo novedoso es la elección de un personaje hasta el momento denostado por la naciente historiografía. Tanto Vicente Fidel López como Bartolomé Mitre habían vivido la experiencia del exilio durante la época de hegemonía rosista, por lo que sus relatos posteriores sobre ese período en realidad reproducían los tópicos generales que habían esbozado contemporáneamente en tanto opositores: todo esa etapa, que abarcó más de 20 años, se reducía a una sangrienta tiranía (Cattaruzza- Eujanian, 2010: 559). Como se ha visto, en este punto el relato lassaguiano reproducía el consenso de la intelectualidad liberal argentina que se manifestaba como un rechazo sin objeciones a la figura de Juan Manuel de Rosas, al punto de oscurecer más que aclarar las relaciones que el gobernador de Buenos Aires había tejido con Estanislao López, con tal de diferenciarlos. Por lo tanto, ya el punto de partida de alguna manera se tornaba polémico: aunque Saldías pertenecía a la misma tradición intelectual que el resto de los historiadores aquí analizados, manifestaba la necesidad de repensar la labor del personaje odiado. Consideraba a Mitre como su maestro, le reconocía que “...tuvo la gloria de unir por la vez primera a todos los Argentinos bajo una constitución federo-nacional...” y no ponía en discusión la idea de que el rosismo había constituido una tiranía, pero buscaba “apreciar en su justo valor” las causas que la habían incubado. Para ello, era necesaria una revisión del pasado “libre de pasiones”.

Hay que observar que Adolfo Saldías era, por entonces, un activo partidario del autonomismo porteño, y como tal se opuso a la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Su percepción del presente y del camino que había seguido la organización nacional luego del gobierno de Mitre¹⁶, era bastante oscura: “...la perversión del espíritu liberal está mostrando a gobernantes y a gobernados que nuestras instituciones

¹⁶ En la *Historia de Rozas* hay alusiones negativas hacia Sarmiento e indirectas que remiten a Julio Argentino Roca, pero las evidencias más notorias de su posicionamiento se encuentran presentes en su folleto posterior de 1886, titulado *Juicio político del Presidente Roca*.

representativas federales son una mistificación irrisoria con la cual pretendemos engañarnos unos a otros...". Entendía que parte de la culpa le correspondía a "toda la generación que vino después de caído Rosas" porque habían alimentado el odio y el fanatismo, haciendo de "cada historiador algo peor que un novelista de horrores", retardando el desenvolvimiento de las ideas y la libertad. La pasión ciega de sus "padres intelectuales" les había impedido juzgar que, durante la época de Rosas, hubo también aspectos de gobierno que merecían destacarse: entre ellos, uno de los más importantes fue la fundación, en 1831, de una federación argentina de catorce provincias que sentaron el precedente del posterior orden constitucional.

Respecto a la valoración del accionar de los caudillos provinciales, partía de una mirada porteño-céntrica que entendía a Buenos Aires como la portadora de la nacionalidad argentina, juzgando a aquellos de forma totalmente negativa: así, sostenía que Francisco Ramírez y Estanislao López, por ejemplo, "...*campeaban en el litoral en nombre del pomposo título de Defensores de la Federación...*", pero "...*al venir a derrocar las autoridades nacionales residentes en Buenos Aires, los caudillos federales no traían más móviles que los de apoderarse de los recursos militares y pecuniarios de esta provincia, para abrirse fáciles caminos en su caravana de aventuras, y poder dominar en el Litoral divorciados de toda otra autoridad que no fuese la suya propia...*". La resolución del conflicto entre Santa Fe y Buenos Aires en noviembre de 1820 tuvo a un principal protagonista, que no era precisamente el gobernador santafesino, sino Juan Manuel de Rosas, que mediante un "grande acto de patriotismo" entregó a López la considerable cantidad de cabezas de ganado que éste exigía, alegando el estado de pobreza de su provincia.

Al tomar la crítica que Navarro Viola hace a la *Historia de Rosas* en el *Anuario bibliográfico* sobre las principales obras aparecidas en 1881, fuente ya utilizada para ver la recepción de la obra de Lassaga, queda la sensación de que en el universo político y cultural de las elites liberales de la época era más aceptable la relectura del fenómeno del caudillismo y del rol de los caudillos provinciales en la organización nacional, que la revisión de la figura y el accionar de Juan Manuel de Rosas: "...*este libro no tiene, pues, fundamento sólido, como no tiene plan seguro. El autor ha investigado, ha revuelto archivos, ha conversado también con los ancianos, y, a fuerza de querer mostrarse independiente, se ha convertido en panegirista ciego...*". Sin embargo, la organización del Estado Nacional, la muerte de Rosas en 1877 y la distancia temporal frente a los hechos narrados, parecen haber propiciado el telón de fondo que permitió la aparición de una obra sin dudas polémica, pero que no le acarrió, a pesar de lo afirmado por los autores revisionistas 50 años después, consecuencias intelectuales o políticas¹⁷ visibles (Cattaruzza- Eujanian, 2010: 578).

Si algo queda claro, entonces, al contemplar los relatos de Lassaga y Saldías, es que el universo político y cultural que acogía a la naciente historiografía argentina era mucho

¹⁷ Incluso llegará a ser en 1898 Ministro de Obras Públicas y en 1902 Vicegobernador de Buenos Aires.

más complejo, variado y heterogéneo que lo que se ha supuesto durante muchos años. Aunque desde lo metodológico comenzaban a configurarse ciertos acuerdos, más allá de la célebre polémica, las interpretaciones históricas sobre el pasado y, especialmente, aquellas vinculadas al papel desempeñado por las provincias y los caudillos en la organización nacional, distaban de ser homogéneas.

Luego del exhaustivo análisis realizado en la investigación, cabe entonces la posibilidad de responder la pregunta planteada a comienzos de la misma: ¿qué elementos del contexto abierto tras la caída de Rosas permiten explicar la aparición en 1881 de nuevas miradas sobre el pasado que entraron en tensión con las formuladas por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López? Mi hipótesis es que es la efectivización y aceptación del Estado Nacional como entramado institucional legítimo lo que permitió revisar el papel que personajes antes denostados o poco valorizados, jugaron en la organización federal de la república.

Conclusiones

A lo largo del presente trabajo se han abordado una serie de problemáticas enmarcadas dentro del proceso de conformación del Estado Nacional en Argentina, durante la segunda mitad del siglo XIX. Poniendo el foco en el caso de la *Historia de López* (1881), obra escrita por el historiador santafesino Ramón Lassaga, pero atendiendo también a los discursos sobre el pasado nacional presentes en los escritos de los llamados “padres fundadores” de la disciplina, y en la novedosa *Historia de Rozas y de su época* de Adolfo Saldías, me propuse indagar las características del contexto que se abre tras la caída de Juan Manuel de Rosas, para intentar responder el principal interrogante que ha articulado la investigación: ¿qué explicación se puede dar al hecho de que, en 1881, hayan aparecido al interior de la propia tradición liberal relatos históricos alternativos a los pronunciados entonces por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López?

Desde un registro político-cultural, busqué dar cuenta, por un lado, del proceso de organización y construcción del Estado, entre 1852 y 1880, no como una imposición desde el centro político porteño hacia las provincias, sino pensando a estas como partes constitutivas y constructoras de aquel, para lo cual tomé el caso de la provincia de Santa Fe; por otro lado, se indagaron los discursos sobre el pasado elaborados al interior del universo cultural de las elites, para intentar esbozar una explicación de lo acontecido en el año 1881 en torno al surgimiento de polémicas por el pasado, y la aparición de tensiones a partir de la publicación de nuevos relatos que pusieron en cuestión los que, posteriormente, se consideraron obras fundacionales de la historiografía argentina.

El capítulo inicial de la investigación estuvo orientado a repasar los trabajos más importantes producidos sobre la temática. En primer lugar, se comenzó con aquellos que se interesaron por abordar el año 1881 como un momento fundacional para la historiografía argentina, a partir de la originalidad que los autores le asignaron al debate entablado por entonces entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Mientras algunos se focalizaron en las diferencias metódicas entre ambos contendientes, otros se concentraron en los contrastes que en sus obras aparecían respecto al rol jugado por las provincias y los caudillos en la construcción del Estado Nacional. También se han mencionado las excepciones frente a aquella afirmación, aunque lo cierto es que todos ellos comparten lo que considero una misma limitación: esto es, concentrarse fundamentalmente en el debate entablado entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López y su significado en la configuración de la historiografía nacional, sin atender a las características políticas del contexto ni a los relatos alternativos sobre el pasado que circularon en aquel año.

En segundo lugar, se prestó atención a las obras que, fundamentalmente desde comienzos del siglo XXI, vienen renovando la historia de la historiografía argentina, a partir de la adopción de enfoques provinciales y regionales que aportan miradas más

ricas y complejas que las que reproducen la lógica porteño-céntrica. Dentro de este conjunto de trabajos, algunos se han dedicado a determinados intelectuales y sus respectivas obras, mientras que otros adoptaron un enfoque comparativo para reconstruir el género vindicatorio como un movimiento o expresión intelectual más colectiva que individual. No obstante, la mayoría de ellos también se han situado fundamentalmente en el plano cultural, relegando a un segundo plano al marco político en el que circularon los discursos del pasado.

En tercer lugar, se consideraron los textos que desde la historia política se han preocupado por reconstruir el contexto político bajo el cual se configuró tanto el Estado Nacional como una elite política de alcance nacional, dando preferencia a aquellos que consideran a las provincias y sus elites como partes activas y constituyentes de aquel proceso. Acorde al tema planteado en la presente investigación, se tuvieron en cuenta también aquellos trabajos indispensables para pensar el caso de la provincia de Santa Fe.

Lo que se ha comprobado en este **Estado de la cuestión** es que la mayoría de los textos interesados en la temática suelen circunscribirse exclusivamente al análisis historiográfico, pero sin contemplar la variedad de expresiones historiográficas existentes en el período. De esta manera, forman parte de una historia de la historiografía que reproduce la lógica porteño-céntrica con la que en su momento Mitre y López narraron el pasado del país, viendo en estos mismos “padres fundadores” no sólo a los iniciadores de la historiografía nacional, sino también a los que dieron el paso inicial en la reflexión sobre el problema del caudillismo y la participación de los líderes provinciales en la organización del país. Por lo tanto, en este trabajo he intentado continuar con la línea de investigación que desde las últimas décadas vienen desarrollando distintos historiadores provinciales interesados por los discursos alternativos que, contemporáneamente a los grandes relatos monumentales, fueron producidos por historiadores de las provincias.

En el capítulo 2, titulado **La construcción de un orden político de alcance nacional**, he intentado demostrar que el proceso de organización del Estado Nacional estuvo íntimamente ligado al surgimiento de una elite política de alcance nacional, en la que participaron importantes miembros de las elites provinciales. Tomando el caso santafesino, pudo observarse que la política provincial no estaba desligada de los vaivenes que ocurrían en el plano nacional: como dos momentos paradigmáticos, pueden mencionarse el “ciclo oroñista”, coincidente con la llegada de Bartolomé Mitre a la presidencia de la nación, y la consolidación del “iriondismo”, a partir del nombramiento de Simón de Iriondo como Ministro del Interior de Nicolás Avellaneda. La organización nacional, entonces, aparece combinando mecanismos de coerción (visibles en la represión a las montoneras federales de las provincias, a los levantamientos contra la autoridad central como en el caso de López Jordán, a las comunidades originarias en la “Campaña del Desierto”), con instrumentos de

negociación: a cambio de brindarle puestos en la administración central y recursos materiales y militares, los gobernadores debían ser recíprocos, por ejemplo, operando como electores de los candidatos presidenciales oficiales, al momento de la sucesión.

En la provincia de Santa Fe, aunque la política de la época estuvo polarizada entre el *Partido Liberal* y el *Partido Autonomista o Federal*, se puede sostener que los integrantes de ambas facciones, sin embargo, se hallaban homogeneizados culturalmente a partir de dos elementos fundamentales: en primer lugar, los lazos parentales entre un grupo minúsculo de familias que encarnaban la herencia hispánica, controlando los distintos aspectos de la vida local; en segundo lugar, la participación en los mismos ámbitos de sociabilidad. Los Lassaga eran una familia de la elite santafesina, y como tales, tenían vínculos con las personalidades más destacadas de la provincia y de la Nación. Eso es sugestivo a la hora de pensar dos cuestiones que se analizan en el capítulo siguiente: por un lado, que el gobernador Simón de Iriondo haya autorizado la financiación de la *Historia de López*, aun cuando el joven historiador era un público opositor al mismo; por otro, que la obra haya dado a luz en Buenos Aires a través de la Imprenta y Librería de Mayo, ámbito de reunión de los intelectuales más renombrados de la época.

El capítulo 3, entonces, se concentró exclusivamente en el caso de la *Historia de López* (nombre del capítulo) escrita por el historiador santafesino Ramón Lassaga. La riqueza de esta obra, que constituye la principal fuente de la presente investigación, radica en su carácter de testimonio de un universo político-cultural en el que los relatos sobre el pasado no estaban limitados a los enunciados por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. La *Historia de López* es una historia nacional contada desde Santa Fe por un escritor ligado al *Partido Liberal* de su provincia, que entra en tensión con la visión histórica de aquellos dos referentes de la elite porteña al poner en discusión no sólo la valoración del accionar de Estanislao López durante la primera mitad del siglo XIX, juzgado negativamente o insuficientemente considerado en los relatos porteño-céntricos, sino el rol desempeñado por Santa Fe y las provincias, a través de sus caudillos, en la organización federal de la República Argentina. Los modos bajo los cuales Lassaga construye a López como prototipo de héroe a la vez local y nacional, son expuestos de manera minuciosa.

El análisis de fuentes editas e inéditas, tanto del período como posteriores, permitió dar cuenta del nivel de inserción que tenía la familia Lassaga al interior de la elite santafesina y de cómo esa situación le permitió a Ramón acceder a un mundo en el que participaban importantes personajes de las elites políticas y culturales de alcance nacional, así como la recepción que la tuvo la *Historia de López*, tanto contemporáneamente como en la posteridad.

El debate entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López y sus reflexiones sobre el papel desempeñado por las provincias y los caudillos en el pasado nacional argentino, presentes en las diferentes ediciones de la *Historia de Belgrano* y en artículos varios de

la *Revista del Rio de la Plata*, junto a las publicaciones de la *Historia de López* de Ramón Lassaga y la *Historia de Rosas* de Adolfo Saldías, fueron la materia de análisis de **La configuración de un “protoespacio historiográfico”: tensiones y polémicas**, último capítulo del presente Seminario Regional.

En esta parte final de la investigación se han indagado las condiciones de producción de la emergente historiografía argentina, aquí englobadas bajo el concepto de “protoespacio historiográfico”. El método de análisis basado en la comparación y confrontación de diferentes relatos sobre el pasado nacional, ha contribuido para hacer de este capítulo el fundamental en lo que concierne a la elaboración de la hipótesis, por lo que conviene hacer algunas consideraciones un poco más amplias que en los casos anteriores.

La polémica entre los que han sido considerados “padres fundadores” de la disciplina, puso de manifiesto no la división de dos escuelas históricas diferenciadas sino, más bien, la existencia de una serie de acuerdos y disputas en torno al proceder estilístico y metodológico que debían llevar a cabo los historiadores de la época, a los cuales debemos pensar como intelectuales aún no especializados. Respecto a las visiones que tenían sobre el pasado, la historia argentina aparece en ellos bajo el filtro de una posición porteño-céntrica, relegando a las provincias a un papel secundario, cuando no perjudicial a la organización nacional. Sin embargo, frente a la postura intransigente de Vicente Fidel López, el biógrafo de Belgrano fue matizando su posición con el correr de las ediciones de su obra, al punto de reconocer en la tercera (1876) que caudillos como Estanislao López y Francisco Ramírez habían adquirido, hacia 1820, un claro sentido de nacionalidad (algo presentado hasta el momento como privativo de Buenos Aires).

Las obras de Ramón Lassaga y Adolfo Saldías, intelectuales liberales más jóvenes¹⁸ que se consideraban tributarios de Bartolomé Mitre, pusieron en discusión, sin embargo, varios de los elementos presentes en las narraciones históricas realizadas por los miembros de la generación precedente. En el caso del primero, su posicionamiento como historiador santafesino que buscaba reconstruir el pasado nacional a través de la vida de su principal héroe, llevó a que juzgara mucho más negativamente el rol desempeñado por Buenos Aires en los “años de anarquía” que impidieron la cristalización de la unidad nacional. En lo que respecta al segundo, a pesar de partir de la misma concepción porteña de la historia que Mitre y Vicente Fidel López, la revisión del papel desempeñado por Rosas en la historia de la confederación argentina, implicó discutir el legado de la generación post-Caseros, algo que le valió, por un lado, opiniones negativas, pero que, por otro, despertó un interés político e historiográfico por

¹⁸ No debe perderse de vista el hecho de que Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre nacieron durante la primera mitad del siglo XIX, por lo que la cercanía de sus propias experiencias de vida con los hechos que narraban es evidente: el primero nació en 1815, mientras que el segundo en 1821. Adolfo Saldías y Ramón Lassaga, nacidos en 1848 y 1859 respectivamente, eran en cambio parte de la generación hija del proceso de organización y consolidación del Estado Nacional.

un personaje que, desde los años finales del siglo XIX, será retomado por intelectuales de la talla de Ernesto Quesada y María Ramos Mejía.

De acuerdo a lo analizado y esbozado a lo largo del seminario, he llegado a una conclusión que me permite responder el interrogante que estructuró la presente investigación: vale recordar, mi búsqueda estuvo orientada a explicar por qué hacia 1881 fue posible que tomaran carácter público un conjunto heterogéneo de relatos sobre el pasado, producidos todos ellos por historiadores que en conjunto adscribían ideológicamente al liberalismo, en donde las cuestiones ligadas al quehacer metodológico y a la interpretación de los hechos, sobre todo aquellos ligados al accionar de los caudillos provinciales durante la primera mitad del siglo XIX, dieron lugar a una serie de tensiones y polémicas.

Mi hipótesis es que la efectivización del Estado Nacional como entramado institucional legítimo, que incluyó en su seno a las provincias, permitió la apertura de una serie de revisiones sobre el papel que en su conformación desempeñaron éstas, sus caudillos y distintos personajes hasta entonces vedados en las historias narradas por importantes personajes de las elites porteñas, como Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. La aceptación de ese nuevo orden político es visible en la *Historia de López* de Ramón Lassaga, el caso que ha sido analizado con mayor rigor, ya que allí se presenta al caudillo santafesino como un personaje que obró siempre en favor de esa finalidad más amplia que era realizar el “sueño de los patriotas de Mayo”, o sea, la organización de la Nación, aun cuando la época en que le tocó actuar marchaba en la dirección marcada por la guerra, la anarquía y los egoísmos localistas.

Para finalizar, quisiera señalar que la originalidad del presente Seminario radica en que abre la posibilidad de que se inicien nuevas líneas de investigación si se asume el desafío de vincular las tramas políticas y culturales que convergieron hacia la segunda mitad del siglo XIX para posibilitar que en sus décadas finales aparecieran una serie de polémicas, tensiones y nuevas miradas sobre el pasado nacional en la Argentina. El entrecruzamiento de una historia de la historiografía interesada tanto por las miradas provinciales como por los discursos emanados desde otros espacios, como el capitalino, junto a la historia política y la historia de los intelectuales, me ha permitido romper con los límites que hubiera implicado un análisis exclusivamente historiográfico en un período en el que el mundo de las letras no podía dissociarse del mundo político. Esto no debe llevar al equívoco de pensar que el camino aquí adoptado es el único posible, ya que es probable que exista un amplio abanico de oportunidades y alternativas que aún no han sido exploradas.

En ese complejo ámbito, en donde la especialización profesional era más un camino que se empezaba a recorrer que un trayecto finalizado, actuaron los intelectuales en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Si bien no conviene hacer grandes generalizaciones, habida cuenta de la existencia de excepciones, la posibilidad que tenían los intelectuales de intervenir en el campo político y cultural estaba, en cierta

medida, limitada por su inserción o no dentro de las elites que animaban los distintos aspectos de la vida del país. En un contexto en donde la organización del Estado Nacional era ya una realidad aceptada, el caso Lassaga en la ciudad de Santa Fe es una muestra fehaciente de las estrategias que desde el mundo de las elites provinciales se realizaban con el fin de intentar legitimar sus posiciones y aspiraciones a partir de la escritura de relatos que no podían compatibilizarse con la mirada porteño-céntrica de aquellos personajes considerados como “autoridades de la materia”.

Bibliografía

- Fuentes editadas.

“Jornadas de estudios históricos sobre el brigadier general Estanislao López. En el primer centenario de su muerte, 1838-15 de junio-1938”, organizada por la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe, presidida por Manuel Cervera. Santa Fe, 1941

Lassaga, Ramón J. (1881) *Historia de López*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Carlos Casavalle.

López, Vicente Fidel. (1872) “El año XX”, en Lamas, A., Gutiérrez, J.M, y López, V.F, *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de américa*, tomo IV. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Carlos Casavalle.

López, Vicente Fidel. (1873) “El año XX”, en Lamas, A., Gutiérrez, J.M, y López, V.F, *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de américa*, tomo V. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Carlos Casavalle.

López, Vicente Fidel (1882) “La urbanidad literaria”, “Dos sistemas históricos” y “Conclusión” en López, V.F., en *Refutación a las comprobaciones históricas de la Historia de Belgrano*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Carlos Casavalle.

Mitre, Bartolomé (1876) *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, 3era edición, caps XLI, XLII, XLV, XLVI, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Carlos Casavalle.

Mitre, Bartolomé (1881) “Nota preliminar” y “dualismo histórico” en Mitre, B., *Comprobaciones históricas. A propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Carlos Casavalle.

Navarro Viola, Alberto (1882) “Anuario bibliográfico de la república argentina. Año III-1881”, Buenos Aires, Imp. Del Mercurio.

Saldías, Adolfo (1881) *Historia de Rozas y de su época*. París, Imprenta Nueva Asociación obrera.

- Fuentes inéditas

Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe. Fondo Dr. Lassaga, Ramón J. Serie Manuscritos literarios.

- Libros:

Brezzo, Liliana - Micheletti, María Gabriela- Molina, Eugenia. (Comps.), (2013) *Escribir la Nación en las Provincias*, Buenos Aires, IDEHESI.

Cervera, Felipe Justo (2011) *La modernidad en la ciudad de Santa Fe (1886-1930). Historia de un desarrollo completo*, Santa Fe, Impresos S.A.

Devoto, Fernando - Pagano, Nora- (2009) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Losada, Leandro (2009) *Historia de las elites en la Argentina: desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Micheletti, María Gabriela (2013) *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881- 1907*, Buenos Aires, Lumiere.

Suárez, Teresa – Tedeschi, Sonia (Comps.), (2011) *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*, Santa Fe, Ediciones UNL.

- Capítulos en libros:

Alonso, Paula (2010). “El ejercicio del poder presidencial”, en Alonso, Paula., *Jardines secretos, legitimaciones públicas: el Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa.

Altamirano, Carlos (2008) “Introducción” en Altamirano, C. y Myers, J. (Comps.), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires- Madrid, Katz Editores.

Bonaudo, Marta – Sonzogni, Élide (1999) “Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control” en Bonaudo, M., *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*, Nueva Historia Argentina. Tomo IV. Buenos Aires, Sudamericana.

Botana, Natalio (1991) “El debate sobre la guerra social” en Botana, N.R., *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana.

Botana, Natalio (1977) “Los orígenes del régimen del ochenta” en Botana, N., *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, 5, Buenos Aires, Sudamericana.

Bragoni, Beatriz - Míguez, Eduardo (2010) “De la periferia al centro: la formación de un sistema político nacional, 1852-1880” en Bragoni, B. y Míguez, E., *Un nuevo orden político: provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.

Buchbinder, Pablo (1998) “Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica” en Goldman, N. y Salvatore, R., *Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba.

Carbia, Rómulo (1940) “Las dos corrientes vertebrales de la historiografía argentina” en Carbia, R., *Historia crítica de la historiografía argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Buenos Aires, Imprenta y casa editora CONI.

Cattaruzza, Alejandro- Eujanian, Alejandro (2010) "La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: Saldías y Quesada" en Laera, A., *El brote de los géneros*. Tomo VIII de la *Historia crítica de la literatura argentina* (dirigida por Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé.

Chiaromonte, José Carlos (2013) “Revisión del revisionismo: Orígenes del revisionismo histórico argentino” en Chiaromonte, J.C., *Usos políticos de la historia: lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Sudamericana.

De Marco, Miguel Ángel (1992) “El resurgimiento republicano y el despertar del progreso económico-social (1852-1880)” en De Marco, M.A y otros autores, *Historia de Santa Fe*, Rosario, Librería APIs.

De Marco, Miguel Ángel (h) (2001) “La pertenencia de los dirigentes” en De Marco, M.A (h), *Santa Fe en la transformación argentina: el poder central y los condicionamientos políticos, constitucionales y administrativos en el desarrollo de la provincia, 1880-1912*, Rosario, Edición Museo Histórico Provincial Dr. Julio Marc.

Devoto, Fernando (2008) “La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá”, en Altamirano, C. y Myers, J. (Comps.), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires- Madrid, Katz Editores.

Galletti, Ana – Pérez, Alberto (1993) "Las facciones políticas santafesinas: hegemonía y crisis del Iriondismo (1868-1886)", en Ascolani, A (Comp.), *Historia del sur santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)*, Rosario, Platino.

Lettieri, Alberto R (1999) “De la *República de la Opinión* a la *República de las instituciones*” en Bonaudo, M., *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Nueva Historia Argentina. Tomo IV. Buenos Aires, Sudamericana.

Megías, Alicia (1996) “Introducción”, en Megías, A., *La formación de una elite de notables-dirigentes. Rosario, 1860-1890*, Buenos Aires, Biblos.

Megías, Alicia (2010) “Santa Fe entre Caseros y Pavón: cuestiones provinciales y problemas nacionales”, en Bragoni, B. y Míguez, E., *Un nuevo orden político: provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.

Pérez Martín, José (1965) “Un historiador y un poeta”, en Pérez Martín, J., *Itinerario de Santa Fe*, Santa Fe, Colmegna.

Prado, Gustavo (1999) “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, en Devoto, F. – Prado, G. – Pagano, N. – Stortini, J., en *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos.

Quiñonez, María Gabriela (2011) “Prólogo: hacia una historia de la historiografía regional en la Argentina” en Suárez, T. y Tedeschi, S., *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*, Santa Fe, Ediciones UNL.

Tedeschi, Sonia (1999) “López (1786-1838)”, en Lafforgue, J., *Historias de caudillos argentinos*, Buenos Aires, Alfaguara.

Wasserman, Fabio (2008) “La intervención de Mitre” en Wasserman, F., *Entre Clío y la Polis: conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo.

- Artículos en revistas:

Buchbinder, Pablo (1996) “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N°13, tercera serie.

Eujanian, Alejandro. (1999). “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”, en: *Entrepasados*, N° 16.

Gallo, Ezequiel - Wilde, María Josefa (1980) "Un ciclo revolucionario en Santa Fe, 1876-1878", en *Revista Histórica*, N° 7.

Megías, Alicia (2005) “Santa Fe después de Caseros: representantes, parientes y políticos”, en *Revista de Historia*, Departamento de Historia CEHIS, N°1.

Pistone, Catalina (1965) “Vida y obra del Dr. Ramón Lassaga” en *Revista de la Junta Provincial de estudios históricos de Santa Fe*, pp. 135-160, N° 32.

- Artículos digitales:

- Artículos publicados en revistas:

Bonaudo, Marta (2003) “Revisitando a los ciudadanos. La República posible (Santa Fe 1853-1890)” en *Anuario IEHS*, 18, pp. 213-231. Consultado el 21/04/2017, en [http://www.historiapolitica.com/datos/biblioteca/santafe_bonaudo1.pdf].

Coudannes Aguirre, Mariela (2007) “Pasado, prestigio y relaciones familiares. Elite e historiadores en Santa Fe, Argentina”, en *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, Vol.13 #3. Consultado el 20/04/2017 en [<http://revistes.uab.cat/redes/article/view/v13-coudannes-aguirre>].

Eujanian, Alejandro (2013) “Presentación” en Dossier *El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del siglo XIX y la entreguerra*. Consultado en abril de 2017, en: <http://historiapolitica.com/dossiers/pasados-provinciales/>

Halperín Donghi, Tulio (1996) “Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina” en *Anuario IEHS*, 11, pp. 57-69. Consultado el 20/03/2017, en [http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1996/004%20-%20Halperin%20Donghi%20-%20Mitre%20y%20la%20Formulacion%20de%20una%20Historia%20Nacional%20para%20la%20Argentina.pdf].

Mejía, Sergio (2007) “Las historias de Bartolomé Mitre: operación nacionalista al gusto de los argentinos”, en *Historia Crítica*, pp. 98-121, N°33. Consultado el 21/03/2017, en: [http://www.scielo.org.co/pdf/rhc/n33/n33a05.pdf].

Micheletti, María Gabriela (2010) “Primeros esfuerzos historiográficos en defensa de las provincias y sus caudillos: la *Historia de López*, de Ramón Lassaga”, en *Revista Escuela de Historia*, vol.9 n.1. Consultado el 15/08/2016, en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-90412010000100006.

Micheletti, María Gabriela – Quiñonez, María Gabriela (2015) “Héroes y caudillos en las primeras historias del Viejo Litoral, en el escenario intelectual decimonónico”, en *Coordenadas. Revista de historia local y regional*, pp. 55-81, año II, N° 2. Consultado el 14/07/2016, en: [http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/coordenadas/article/view/7981/pdf].